

LAS AMAZONAS DE SIROX

Joseph Berna

CIENCIA FICCION


cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

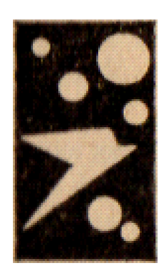
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

393 – La espada flamígera, *A. Thorkent*.
394 – S.O.S. Galáctico, *Ralph Barby*.
395 – El único que volvió, *Curtis Garland*.
396 – Made in Marte, *Adam Surray*.
397 – Galaxias enemigas, *Curtis Garland*.

JOSEPH BERNA

LAS AMAZONAS DE SIROX

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 398
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 1. 243 - 1978

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Ken Redman abrió los ojos.

No sin esfuerzo, porque cada párpado parecía pesarle cincuenta kilos.

Al principio, no pudo distinguir nada, pues tenía la vista nublada.

Y también tenía un agudo dolor de cabeza.

Y le dolían más cosas.

El hombro izquierdo, la espalda, la cadera derecha, un codo, ambas rodillas...

Poco a poco, la vista se le fue aclarando, y entonces descubrió que se encontraba en la cabina de mandos de la nave, tirado en el suelo de cualquier manera.

En un instante, recordó lo sucedido.

El pequeño planeta desconocido...

La terrible atracción que éste había ejercido sobre la pequeña nave...

El violento aterrizaje en aquella especie de desierto, repleto de gigantescas dunas...

Ken Redman se incorporó, quedando sentado en el piso de la cabina de mandos.

Se le escapó un gemido de dolor, pues sintió un horrible aguijonazo en la cabeza, como si acabasen de traspasarle el cerebro con un estilete.

Ken se vio obligado a cerrar los ojos, al tiempo que se oprimía las sienes con ambas manos.

Casi un minuto después, abría los ojos de nuevo y miraba a su alrededor.

Vio a sus compañeros.

A sus cinco compañeros.

Esparcidos por el suelo, alguno de ellos en difícil e incómoda postura.

Ese era el caso de Dick Alston.

Ken Redman se arrastró hacia él.

No se puso en pie por dos motivos: porque le dolían demasiado todos los huesos del cuerpo, como ya se ha dicho, y porque el suelo de la nave era una pronunciada pendiente.

Sin duda, la proa de la nave se había hundido en arena, dejándola en posición casi vertical.

Ken Redman llegó junto a Dick Alston y le zarandeó suavemente, cogiéndole por el hombro.

—Eh, Dick... Despierta Dick...

Dick Alston, treinta años de edad, pelo rubio, muy corto, con las mejillas salpicadas de pecas, lo cual daba un aspecto simpático a su cara, movió su redonda cabeza, asentada sobre unos hombros fuertes y separados.

—¿Quién me llama? —murmuró, sin despegar los párpados.

—Soy yo, Dick. Ken...

—Déjame dormir, Ken.

—Tú no has estado durmiendo, Dick. Has estado inconsciente, como todos.

—¿Inconsciente?

—El pequeño planeta, ¿recuerdas? Nos atrajo...

El corpulento Dick Alston dio un respingo y abrió los ojos de golpe, clavándolos en el rostro de Ken Redman.

Un rostro moreno, de facciones correctas.

Ken Redman contaba veintiocho años, y tenía un palmo más de estatura que el rubio Dick, aunque no era tan fornido como éste.

—¡Nos estrellamos contra ese maldito planeta, Ken! —gritó Alston, agarrando el brazo de su compañero.

—No llegamos a estrellarnos. Dick, Aunque, desde luego, el aterrizaje no tuvo nada de suave. Tuvimos suerte de caer en un desierto de arena. Si el terreno hubiese sido duro, la nave se habría hecho pedazos.

—¿Y no se ha hecho...?

—No, parece que está entera —respondió Redman, dando un vistazo a la cabina de mandos.

—Yo sí que estoy hecho pedazos, Ken... —murmuró Alston, componiendo una mueca de dolor.

—¿Tienes algún hueso roto?

—A juzgar por lo que me duelen, no debe quedarme ninguno entero.

Ken Redman sonrió.

—A mí también me duele todo el cuerpo, pero puedo moverme con normalidad, lo cual demuestra que no tengo ningún hueso roto. Y apuesto a que tú tampoco.

—Perderías la apuesta, seguro.

—Vamos, muévete. Hemos de ayudar a los demás.

Alston se incorporó, ayudado por Redman.

El rubio observó los cuerpos inanimados de sus otros cuatro compañeros, entre ellos, dos mujeres.

Y muy atractivas, por cierto.

Una era rubia, y la otra, morena.

La primera se llamaba Ellen Power, y tenía veintitrés años.

Nora Huston, la morena, tenis veinticuatro.

—Yo me ocupará de Nora, Ken —dijo Alston.

—Bien. Yo tratará de reanimar a Ellen —respondió Redman.

Se arrastraron hacia las muchachas.

Ellen Power recuperó el sentido antes que Nora Huston.

Miró a Ken Redman, asustada.

—Ken...

—¿Cómo te sientes, Ellen? —preguntó Redman, tomándole una mano.

—Magullada.

—Todos lo estamos —sonrió suavemente Redman.

—¿Qué pasó, Ken?

—Aterrizamos de mala manera en el pequeño planeta que nos atrajo de forma tan poderosa, y todos perdimos el sentido. Dick ya se ha recobrado, y está tratando de reanimar a Nora. Barry y Leo siguen inconscientes. ¿Me ayudas a despertarlos?

—Sí, vamos.

Ken Redman y Ellen Power se acercaron a Barry Scott y Leo Flinn, mientras Dick Alston se esforzaba por reanimar a Nora Huston, sin ningún resultado positivo, hasta el momento.

—Nora... Maldita sea, Nora, respóndeme de una vez —comenzó a impacientarse el rubio, palmeándole las mejillas a la atractiva morena.

Con más fuerza que antes.

Nora Huston abrió los ojos bruscamente.

Unos ojos grandes, de pupilas verdosas, preciosos de verdad.

Dick Alston no pudo frenarse a tiempo y le dio dos palmadas más.

Nora, furiosa, levantó la mano derecha y la estrelló en la curtida mejilla del rubio, en sonora bofetada.

—¡Nora! —exclamó Alston, cogiéndose la cara, con gesto de perplejidad.

La morena se incorporó, ceñuda.

—¿Qué pasa? —gruñó, mirándole desde muy cerca.

—¿Qué pasa...? ¡Que me has dado una bofetada!

—¡Y tú a mi me has dado varias! ¿No te da vergüenza, pegar a una mujer? ¡Y que estaba inconsciente, además!

El rubio pestañeó.

—¿Pegar...? ¡Yo no te estaba pegando, Nora!

—¿Ah, no...? ¿Quieres decir que ésa es tu forma de acariciar, Dick? —repuso ella, irónica—. ¡Pues si es así, acaricia a tu abuela, rico!

—¡Sólo trataba de reanimarte!

—¡Excusas! Lo que pasa es que me tienes manía, y aprovechando que estaba inconsciente, me has llenado la cara de dedos. ¿A que no te atreves a pegarme ahora, que estoy despierta?

Dick Alston apretó los dientes.

—Nora, eres la cosa más…

—¡No te atrevas a insultarme, o te pongo un ojo negro de un puñetazo! —amenazó ella, mostrándole el puño.

—Los dos deberla ponerte yo a ti, por lo que has dicho —masculló el rubio.

—¿Queréis dejar ya de decir tonterías? —intervino Ken Redman.

Dick se volvió hacia él.

—¿Has visto mujer más desagradecida que Nora, Ken? En vez de darme las gracias por reanimarla, me suelta una bofetada y dice que…

—Olvídalo, Dick —sonrió Redman.

—Sí, será lo mejor —gruñó el rubio, separándose de Nora—. Y de ella también voy a olvidarme. ¡Para siempre!

— ¡No tendré esa suerte! —replicó la morena.

— ¡Al diablo! —gritó Alston pegando un manotazo al aire.

—¡Al diablo tú, pelo de rata!

—¡Sujeta la lengua, Nora, que…!

—¡Basta! —intervino de nuevo Redman, autoritario—. Se acabó la discusión.

Dick Alston y Nora Huston se fulminaron con los ojos, pero ya no abrieron la boca.

El primero se reunió con Redman, quien aún no habla conseguido reanimar a Barry Scott, un tipo delgado, de pelo oscuro y nariz aguileña.

Scott tenía treinta y cinco años, y era el mayor de los seis, pues Leo Flinn, el joven que atendía Ellen Power, sólo contaba veintidós años de edad.

Flinn tenía el pelo rubio, como Alston, aunque mucho más abundante.

Nora se acercó a Ellen.

—No deberías tratar así a Dick, Nora —censuró Ellen, en tono bajo, para no ser oída por el rubio.

—No me nombres a ese pecoso, hazme el favor —pidió la morena.

—Dick está enamorado de ti.

—Lo sé. Pero no por eso iba a perdonarle que me hubiera puesto la cara roja a boletadas. ¿Es que no viste cómo me sacudía, el muy bruto?

Ellen sonrió.

—De algún modo tenía que despertarte, Nora.

—¿Por qué no probó a despertarme a besos?

—¿A besos…?

—Estando enamorado de mí, hubiera sido más lógico, ¿no crees?

Ellen rió quedamente.

—Qué cosas tienes, Nora.

—¿Quién te despertó a ti? —preguntó la morena.

—Ken.
—¿Cómo?
—No lo sé.
—Tú no tienes la cara roja... —observó Nora.
—¿No?
—Ken es mucho más delicado que Dick. Y tú le gustas, Ellen...
—¿Te lo ha dicho él?
—Mujer, esas cosas no se dicen, hay que intuirlas... ¿Acaso te ha dicho Dick a ti que está enamorado de mí?
—No.
—¿Lo ves? Tú, sin embargo, lo sabes.
—Sí, es verdad —sonrió Ellen.
—Pues lo mismo me ocurre a mí con Ken. No necesito que él me diga nada, yo lo sé.
Ellen Power fue a decir algo, pero se interrumpió porque Leo Flinn estaba empezando a recobrarse.
Lo mismo sucedía con Barry Scott.
Instantes después, ambos se hallaban completamente lúcidos, y eran informados de lo sucedido por Ken Redman.
—Bendita arena —dijo Scott.
—Tienes razón —habló Flinn—. Si no llega a ser por ella, estaríamos todos muertos, en lugar de solamente magullados.
—¿Estará habitado este planeta, Ken? —preguntó Ellen.
—No lo sé. Tendremos que averiguarlo —respondió Redman—. Por lo pronto, sabemos que tiene atmósfera, y oxígeno suficiente. Y una temperatura ideal: de veinte a treinta grados.
—Al menos, eso dijo la computadora —murmuró Nora—. Pero últimamente se equivoca tanto, la pobre...
Ken Redman tosió ligeramente.
—Sí, está un poco averiada. Pero creo que todavía podemos fiarnos de ella.
—Qué remedio. No tenernos otra... —señaló Ellen.
—¿Qué os parece si dejamos de hablar y empezamos a movernos? —sugirió Dick Alston.
—¿Cómo es posible que tengas ganas de bailar, con lo magullado que debes estar? —repuso Nora Huston, irónica.
El rubio frunció el ceño y la apuntó con el dedo.
—No empieces a pincharme. Nora.
—Es que tengo complejo de alfiler —sonrió burlonamente la morena.
Ken Redman, antes de que Dick y Nora se pusiesen de nuevo a discutir, intervino:
—Dick tiene razón. Tenemos muchas cosas que hacer. Nuestra nave, que ya antes de nuestro aterrizaje forzoso en este planeta

desconocido no se encontraba en demasiadas buenas condiciones, debe de hallarse, lógicamente, mucho peor. Hemos de reparar todas las averías si queremos salir de aquí.

—Antes habría que poner la nave en posición horizontal, Ken… —observó Scott.

—Por supuesto, Barry —respondió Redman—. No será difícil apartar la arena. En un par de horas, a lo sumo, habremos logrado la horizontalidad de la nave, y podremos empezar a trabajar. Ventas por las palas. Cogeremos también una cuerda.

—Si vas a pedir votos para ahorcar a Dick, ya tienes el mío, Ken —dijo Nora, mirándose las uñas de la mano izquierda.

Alston resopló.

—¡Te la estás ganando, Nora!

La morena se echó a reír.

Ellen Power, Barry Scott y Leo Flinn rieron también. Ken Redman trató de contener su risa, pero no pudo, y acabó riendo con tantas ganas como el que más.

Dick Alston dio un manotazo al aire y rugió:

—¡Al diablo todos!

CAPITULO II

Tuvieron que utilizar la puerta de popa, pues la de proa estaba enterrada en la arena, según pudieron comprobar por los miradores de la cabina de mandos, todos ellos cubiertos por la arena.

Fue Ken Redman quien abrió la puerta, pulsando un disco azul que sobresalía en la pared de la nave.

Afortunadamente, la computadora no se había equivocado.

La atmósfera de aquel planeta era perfectamente respirable, y la temperatura, muy agradable.

Era de día, el cielo estaba completamente azul, sin una sois nube, y el sol brillaba con fuerza en el punto más alto de su elevación sobre el horizonte.

Un sol similar, en tamaño y luminosidad, al que daba calor a la Tierra.

Pero no era el Sol terrestre.

Todos lo sabían.

Ellos se hallaban muy lejos del Sistema Solar.

Y no sabían si podrían volver alguna vez a él.

A la Tierra.

Habían salido de ella dos años antes, en la Ulises-XII, una poderosa nave interestelar, dedicada exclusivamente a la exploración espacial.

En el hangar de la gigantesca astronave, viajaban dos pequeñas naves, cada una de las cuales, con una tripulación formada por seis personas, salía de vez en cuando a realizar una determinada misión, encomendada por el comandante de la Ulises-XII, regresando unos días después.

Una de estas pequeñas naves, capitaneadas en aquella ocasión por Ken Redman, salió en misión de reconocimiento, teniendo previsto regresar a la Ulises-XII una semana después.

A loa tres días justos de haber dejado la astronave, ocurrió algo sumamente extraño: perdieron todo contacto con ella.

Ken Redman, alarmado, decidió regresar inmediatamente a la Ulises-XII, pero no hubo forma de dar con ella.

La buscaron denodadamente durante semanas enteras.

Todo fue inútil.

No encontraron ni rastro de ella.

La Ulises-XII habla desaparecido del modo más misterioso.

Como si se la hubiese tragado el espacio infinito, a ella, y a toda su tripulación.

Ken Redman, tan abatido como las cinco personas que viajaban

con él en la pequeña nave, optó por emprender el regreso a la Tierra, aunque era consciente de que tenían escasas posibilidades de lograrlo, dada la distancia que de ella les separaba, y las condiciones de su nave.

Pero había que intentarlo.

En ello estaban, cuando se tropezaron con aquel pequeño planeta que había atraído a su nave como un poderoso imán, viéndose obligados a aterrizar en él.

¿Qué suerte les aguardaría en aquel planeta?

No tardarían mucho en saberlo, pues ya se disponían a poner los pies en él.

Ken Redman fue el primero en deslizarse por la cuerda que previamente había enganchado a la puerta de la nave. La distancia, desde la puerta hasta el suelo, era de unos ocho metros, aproximadamente.

Redman llegó abajo.

Sus botas, fuertes, pero enormemente flexibles, se hundieron casi un palmo en la arena.

Una arena fina y rojiza, completamente seca.

—¡Tira las palas. Dick! —indicó, mirando hacia arriba.

—¡A la orden! —respondió el rubio, y, una por una, arrojó media docena de palas.

—¡Abajo, muchachos! —ordenó Redman.

—¡Allá voy! —dijo Alston, y comenzó a deslizarse por la cuerda.

Cuando andaba por la mitad, oyó decir a Nora:

—¿Quién me presta un cuchillo?

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Ellen Power.

—¿Para qué va a ser, mujer? ¡Para cortar la cuerda!

—¡Maldita...! —barbotó Dick Alston, descolgándose mucho más de prisa, entre las risas de Barry Scott, Leo Flinn y las chicas.

—¡Pareces un chimpancé, Dick! —dijo Scott.

—¡Tu padre! —masculló el rubio, alcanzando el suelo.

A continuación, fue Nora Huston la que se deslizó por la cuerda.

Dick Alston se dijo que ahora tenía la oportunidad de devolverle la pelota a la morena, y, cuando ella se encontraba a metro y medio del suelo, levantó las manos y la sostuvo por las nalgas, perfectamente señaladas a través del ligero y ajustadísimo traje espacial, de color amarillo, como el de Ellen Power.

El de los cuatro hombres era de color rojo, con franjas azules a lo largo de los brazos.

—No tengas miedo, Nora. Yo te sostengo —dijo el rubio, socarrón.

—¡Quita tus manazas de mi trasero, maldito! —rugió ella, pataleando.

—Sólo trato de ayudarte...

—¡De aprovecharte, que no es lo mismo!

—Pero qué mal pensada eres, Nora.

—¡Te acordarás de mí, te lo prometo!

Alston rió con fuerza.

Ken Redman intervino:

—Déjala ya, Dick.

—¿Y si se cae?

—No se caerá, no te preocupes.

El rubio apartó las manos de las tentadoras posaderas de la morena y retrocedió un par de metros, por si las moscas.

Nora Huston, cuando estuvo abajo, se volvió hacia Dick Alston.

—¡Te voy a sacar los ojos, pecoso del demonio! —rugió, y se arrojó sobre él como una pantera rabiosa.

Empezaron a rodar los dos sobre la arena.

—¡Socorro, Ken...! —chilló Alston—. ¡Quítame a esta fiera de encima...!

—Quítatela tú, si puedes —respondió Redman, desentendiéndose de ellos.

Observó a Ellen Power, que ya estaba deslizándose por la cuerda.

Tras la bella rubia, se descolgaron Harry Scott y Leo Flinn.

Estos, al igual que Redman y Alston, llevaban al cinto una pistola de rayos láser.

Había sido idea de Ken Redman, el salir de la nave armados, pues no sabían en qué peligros podían verse.

—Coged las palas y a trabajar —indicó Ken, predicando con el ejemplo.

—¿Y qué pasa con Dick y Nora? ¿Les has dado permiso? —preguntó, irónicamente, Scott, al tiempo que se agachaba y cogía una de las palas.

Redman se volvió, buscando con los ojos al rubio y a la morena, pero no los vio.

Esto no era extraño, pues habla muchos desniveles en la arena, y, rodando, rodando, habrían ido a caer en alguna hondonada.

Lo que sí le extrañó a Redman fue que no se oía gritar a ninguno de los dos, ni se escuchaba ruido alguno.

—¡Dick...! ¡Nora...! —llamó.

Ninguno de los dos respondió.

Ken Redman arrugó el ceño.

Empezaba a no gustarle aquello.

—Iré por ellos —dijo, y echó a andar hacia el lugar por donde según las huellas dejadas por sus cuerpos al rodar sobre la arena, habían desaparecido Dick y Nora.

—Espera, Ken —rogó Ellen Power—. Iré contigo.

—Está bien. Vamos.

La atractiva rubia caminó junto a Ken Redman. Las huellas, como había supuesto Ken, les llevaron a una hondonada.

Pero allí, en la hondonada, no sólo estaban las huellas dejadas por los cuerpos de Dick y Nora al rodar sobre la arena.

Había muchas más, procedentes de varias direcciones.

Y estaba claro que eran pisadas.

Idénticas a las que dejaban ellos al caminar...

Más concretamente, a las que dejaba Ellen, por lo que Ken dedujo que los seres que habían dejado aquel las pisadas tenían los pies más bien pequeños, como los de una mujer terrestre.

Ellen Power, instintivamente, se cogió del brazo de Redman.

—Dick y Nora han desaparecido, Ken... —murmuró.

—Sí —dijo Redman, con voz ligeramente enronquecida.

—Y todas estas pisadas...

—Las dejaron los seres que se los llevaron, no hay duda.

—Dios mío... —musitó la hermosa rubia, palideciendo.

Ken Redman le pasó un brazo por la cintura y la oprimió suavemente.

—No te preocupes, Ellen. Los encontraremos.

—¿Vivos? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Seguro. Si esos seres les hubiesen matado, no se los habrían llevado. Además, no hay huellas de sangre.

—Sí, eso es verdad... —dijo Ellen, más animada.

Redman soltó la esbelta cintura femenina y desenfundó su pistola de rayos láser.

—Vamos, Ellen —dijo, cogiéndola de la mano.

—¿En busca de Dick y Nora? —preguntó ella.

—Sí. No pueden estar lejos. Sólo hace unos minutos que desaparecieron.

—¿No crees que deberíamos advertir primero a Harry y Leo? —sugirió Ellen.

Ken dudó.

Finalmente, dijo:

—Creo que tienes razón, Ellen. Debemos informarles de lo que ha pasado. Vamos.

Ken y Ellen salieron de la hondonada.

De pronto, ambos se detuvieron.

Con el mismo gesto de sorpresa en el rostro.

¡Barry Scott y Leo Flinn habían desaparecido también!

CAPITULO III

Ellen Power apretó la mano de Ken Redman.

—Ken... —habló, casi sin voz—. Barry y Leo no están...

—Me temo que se los han llevado también, Ellen —dijo gravemente Redman.

—Qué horror...

—No te separes de mi, Ellen. Ocurra lo que ocurra —aconsejó Redman, y tiró de la joven.

Se aproximaron a la nave.

Lentamente.

Con todos los sentidos alerta.

Ken Redman miraba continuamente hacia todos lados, esperando ver aparecer, de un momento a otro, a los misteriosos seres que habitaban aquel pequeño planeta.

Sin embargo, llegaron junto a la nave sin que los seres diesen señales de vida.

Había numerosas pisadas en la arena, idénticas a las que encontraron en la hondonada donde habían sido capturados Dick y Nora.

Y, como allí, procedentes de varias direcciones.

—A juzgar por las pisadas, deben ser muchos —observó Redman, con la pistola de rayos láser firmemente empuñada.

—Tengo miedo, Ken... —confesó Ellen Power—. ¿Tú no?

—Más que tú, lo que pasa es que lo disimulo muy bien.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo primero, subir a la nave. Si nos quedamos aquí abajo, o salimos en busca de nuestros compañeros, seremos cazados como ellos, Y si nosotros nos dejamos atrapar también, ¿quién acudirá en ayuda de Dick, Nora, Barry y Leo?

—Tienes razón, Ken. Subamos a la nave, antes que sea tarde.

—Trepa tú primero. Ellen. Yo vigilaré.

Ellen Power se cogió a la cuerda y se izó, con gran ligereza, poniendo de manifiesto su agilidad.

En unos segundos, alcanzó la puerta de la nave.

Ken Redman dio una última ojeada a su alrededor.

Nada.

Nadie.

Sólo arena.

Y silencio.

Ken guardó la pistola en la funda y trepó por la cuerda, con asombrosa agilidad.

Lo primero que hizo, una vez en el interior de la nave, fue izar la cuerda, para evitar que pudiera ser utilizada por alguno de los habitantes de aquel planeta para subir a la nave.

—Tú quédate aquí, Ellen, junto a la puerta —indicó Redman—. Pero sin asomarte demasiado al exterior —advirtió—. Y si ves algo, llámame.

—¿Qué vas a hacer tú, Ken? —preguntó ella.

—Coger dos propulsores individuales y una pistola para ti. Utilizando los propulsores, será más difícil que los seres de este planeta puedan atraparnos. A nosotros, en cambio, nos será más fácil dar con ellos.

Ellen Power sonrió ligeramente.

—Excelente idea, Ken.

—Recuerda lo que te he dicho.

—Descuida.

Ken Redman se adentró en la nave.

Unos minutos después, estaba de vuelta, con los dos propulsores y una pistola de rayos láser.

—Has visto algo, Ellen?

—Nada, Ken.

—Toma la pistola.

La joven se colocó el cinto, en cuya funda descansaba el arma.

Mientras tanto, Redman se puso el propulsor individual.

Poco después, Ellen se ponía el otro.

—¿Estás lista, Ellen? —preguntó Redman.

—Sí, Ken.

—Bien. Yo saldré primero.

—Ken…

La joven pareció que iba a decir algo, pero se mordió labio inferior y no dijo nada.

Redman la tomó por los hombros.

—¿Sigues asustada, Ellen?

—Sí…

—Yo también —dijo Redman, y la besó en los labios.

Ella pestañeó.

—Ken… —musitó.

—¿Qué?

—Me has besado…

—Sí, te he besado —sonrió él.

—¿Por qué lo has hecho?

—Hace ya tiempo oí decir que un beso ayuda a vencer el miedo. Ahora sabremos si es verdad.

Ellen Power sonrió también.

—Creo que sí Ken. Ya me siento más animada.

—¡Magnífico! Ahora te toca a ti.

—¿Me toca a mí? —parpadeó ella.

—Sí.

—¿El qué?

—Dar el beso. Recuerda que yo también estoy asustado...

Ellen volvió a sonreír.

—No lo creo. Tú tienes mucho valor.

—Me tiemblan las rodillas, de veras.

—Está bien, te lo daré —accedió la muchacha, y, empinándose sobre las puntas de sus botas, posó sus labios sobre los de él, en tierno y cálido beso.

Redman sonrió.

—Mis rodillas están más firmes que nunca, Ellen. No hay duda de que este remedio contra el miedo es excelente.

—¿Nos ponemos en marcha, Ken? —sugirió ella, con un brillo distinto en sus preciosos ojos azules.

—Sí, no debemos perder más tiempo.

Ken Redman se situó delante de la puerta, puso en funcionamiento el propulsor, y salió de la nave, a la mínima velocidad.

Una vez afuera, movió la palanca de mandos y quedó suspendido en el aire, a unos tres metros de la puerta.

—¡Sal, Ellen! —indicó a la joven, alzando bastante voz, para que ésta no fuese ahogada por el ruido del propulsor.

Ellen Power puso en funcionamiento el suyo y salió de la nave también, situándose a la izquierda de Redman.

—¡Vámonos para arriba, Ellen!

Ken Redman accionó la palanca de mandos, siendo imitado por la muchacha, y ambos se elevaron rápidamente, hasta alcanzar una altura de unos cincuenta metros.

Entonces, Redman dijo:

—¡Ya hemos ascendido bastante, Ellen! ¡Ahora tracemos un amplio círculo alrededor de la nave, a ver si descubrimos algo!

—¡Entendido, Ken!

—¡Vamos!

Ken y Ellen realizaron la oportuna maniobra y los propulsores individuales los lanzaron hacia delante, a una velocidad aproximada de cincuenta kilómetros por hora.

Instantes después, descubrían al primer grupo de habitantes de aquel planeta, ocultos tras una duna.

—¡Allí, Ellen! —exclamó Redman, señalando con el brazo.

—¡Sí, Ken!

—¡Son todo mujeres! ¡Mujeres idénticas a las terrestres!

—¡Es verdad, Ken! ¡Y tienen caballos, caballos como los de la Tierra!

—¡Barry y Leo están cruzados sobre dos de los caballos, atados de pies y manos!

—¡Los veo, Ken! ¡A los que no veo son a Dick y a Nora!

—¡Debe haberlos capturado otro grupo! ¡Sigamos buscando!

Ken Redman estaba en lo cierto.

Apenas unos segundos después, tras otra duna, descubrieron un segundo grupo de mujeres y varios caballos, en dos de los cuales, cruzados, se hallaban Dick Alston y Nora Huston, fuertemente maniatados, especialmente el rubio.

—¡Allí están Dick y Nora, Ken? —exclamó Ellen Power.

—¡Ya los he visto, Ellen!

—¿Qué vamos a hacer ahora, Ken?

—¡Rescatarlos a los cuatro, naturalmente!

—¿Cómo, Ken? ¿Disparando sobre todas esas mujeres?

—¡No tiraremos a dar, Ellen! —explicó Redman—. ¡Trataremos solamente de asustarles! ¡Y creo que no será difícil, pues sus armas son muy primitivas!

Era cierto.

Aquellas mujeres, alrededor de cuarenta entre los dos grupos descubiertos por Ken y Ellen, llevaban arcos y flechas, lanzas, espadas cortas de ancha hoja, cuchillos, mazas, hachas…

Armas de fuego, ninguna.

Todas vestían exactamente igual. Una faldita muy corta, de apenas un palmo de longitud, toscas sandalias atadas a las piernas con tiras de cuero, y un adorno metálico, muy brillante, en forma de media luna, que colgaba del cuello por una cadena, dorada, como la pieza metálica.

El adorno metálico caía justo sobre el nacimiento de los senos, los cuales exhibían la totalidad de aquellas mujeres, seguramente por costumbre.

Todas ellas, sin excepción alguna, eran jóvenes, entre los veinte y los treinta años, altas, bien formadas, hermosas… Todas llevaban el pelo largo, y la mayoría de ellas eran morenas, aunque también las había rubias, pelirrojas y de pelo castaño.

Para todos los gustos, vamos.

Las cuarenta mujeres miraban hacia arriba, observando atentamente los movimientos aéreos de Ken Redman y Ellen Power.

Sin ningún temor.

Como si no fuera la primera vez que velan volar a dos seres humanos con aquellos artefactos a la espalda.

Cada cual empuñaba sus armas.

Con firmeza.

Esperando el ataque de aquellos dos seres de otro planeta.

Y dicho ataque no se hizo esperar.

CAPITULO IV

—¡Vamos a darles el primer susto, Ellen! —dijo Ken Redman, lanzándose sobre el grupo de mujeres que había capturado a Dick Alston y a Nora Huston.

Ellen Power accionó la palanca de mandos de su propulsor y se lanzó también sobre las mujeres, con la pistola de rayos láser en la mano, al igual que Redman.

Efectuaron la primera pasada sobre ellas, a unos veinte metros del suelo, e hicieron funcionar las pistolas, varias veces, tomando como blanco la arena.

El poder desintegrador de los rayos láser se puso de manifiesto, causando unos profundos hoyos en la arena, los cuales quedaron salpicados de pequeñas llamas y chorritos de humo que se elevaban hacia el cielo.

Contrariamente a lo que esperaban Ken Redman y Ellen Power, aquellas hermosas, y a la vez extrañas mujeres, no echaron a correr despavoridas por el enorme poder de destrucción de las armas terrestres, sino que respondieron bravamente al ataque, arrojándoles una lluvia de flechas, acompañadas de alguna que otra lanza, maza o hacha, todo ello en medio de un griterío realmente ensordecedor.

Ken pudo observar el rostro de algunas de las chillonas mujeres.

Eran la imagen viva de la furia.

Ken se dijo que, si caían en manos de aquellas bellas, pero salvajes mujeres, no lo iban a pasar nada bien.

Y Dick, Nora, Barry y Leo ya habían caído, eso era lo malo...

Ninguna de las armas arrojadizas de aquellas fieras les había rozado siquiera, dada la distancia que les separaba del suelo y la rapidez con que efectuaron la pasada sobre ellas.

—¿No dijiste que no sería difícil asustar a esas mujeres, Ken...? —recordó Ellen Power.

—¡Es evidente que me equivoqué, Ellen! —reconoció Redman—. ¡No sólo no han huido aterradas, sino que han respondido a nuestro ataque con una decisión y valor dignos del mayor elogio!

— ¡Menos mal que sus armas no son peligrosas!

—¡Pero podrían serlo, si nos acercásemos demasiado a ellas!

—¡Tú dirás lo que hacemos, Ken!

—¡Atacar al otro grupo, a ver si tenemos más suerte!

Segundos después, efectuaban una pasada sobre las mujeres que tenían presos a Barry Scott y Leo Flinn, disparando varias veces sobre la arena.

La reacción de este grupo fue idéntica a la del otro.

Las mujerea, en vez de desperdigarse, atemorizadas, respondieron valientemente al ataque de los terrestres dando rugidos de ira.

—¡Es inútil, Ken! —dijo Ellen—. ¡Jamás lograremos asustarlas!

—¡Tienes razón, Ellen! —admitió Redman—. ¡Esas mujeres no saben lo que es el miedo!

—¡Qué envidia me dan!

Redman rió.

—¡Eso ha tenido gracia, Ellen!

—¡Sí, tal vez! ¡Pero la situación en que nos encontramos es bastante seria!

—¡Y tan seria!

—¿Se te ocurre algo, Ken?

—¡Por el momento, no! ¡Tal como están las cosas sólo veo un modo de rescatar a nuestros compañeros, matando a todas esas mujeres!

—¡No podemos hacer eso, Ken!

—¡Ya sé que no! ¡Pero tampoco podemos abandonar a Dick, Nora, Barry y Leo!

—¡Qué dilema, Ken!

Redman dio un gruñido y decidió:

—¡Vámonos de aquí, Ellen!

—¿Regresamos a la nave…? —preguntó ella.

—¡No, eso no serviría de nada! ¡Tenemos que averiguar dónde van a llevar a nuestros compañeros! ¡Y gracias a los propulsores, no será difícil! ¡Vamos, Ellen!

Ken y Ellen maniobraron con la palanca de mandos y se alejaron rápidamente del lugar, procurando seguir las huellas dejadas por los caballos de las mujeres anteriormente.

No les fue difícil, porque eran muy claras.

*

Media hora después, aproximadamente, divisaban e1 límite del desierto.

A partir de allí, la vegetación era abundante.

Había gran cantidad de árboles.

Y de plantas, con flores de variadas especies y tonalidades.

La hierba crecía en el suelo, fresca y pujante, cubriéndolo prácticamente.

Ken Redman y Ellen Power sobrevolaron aquella maravillosa zona del planeta, esperando encontrar las moradas de sus habitantes.

Recorrieron varios kilómetros, sin encontrarlas.

Tampoco descubrieron más mujeres.

Sí descubrieron, en cambio, aves de varias especies y algunos

animales carnívoros y herbívoros.

De pronto, Ken Redman extendió el brazo y exclamó:

—¡Mira aquello, Ellen!

Ellen Power miró hacia donde indicaba el brazo de Redman.

—¡Es un lago, Ken! ¡Un lago precioso!

—¡Y hay cabañas a su alrededor!

—¡Deben ser las viviendas de las mujeres!

—¡Demos media vuelta, Ellen! —ordenó Redman.

—¿Regresamos al desierto, Ken...?

—¡No, nos quedaremos ocultos por aquí cerca, y esperaremos a que regresen las mujeres que tienen presos a nuestros compañeros! ¡Mientras tanto, trataremos de encontrar el modo de liberarlos! ¡Rápido, Ellen, antes de que puedan vernos desde el poblado!

Ellen Power siguió a Redman.

Este, segundos después, comenzó a descender, y la joven le imitó.

Tomaron tierra entre unos frondosos árboles, asustando a una pareja de ardillas que jugueteaban sobre una rama, a una liebre, que se estaba despachando una generosa ración de hierba de lo más jugosa, y a varios pájaros, los cuales levantaron el vuelo rápidamente.

Elles llenó sus pulmones de aire.

—Qué bien huele aquí, Ken...

—Sí, es verdad —sonrió Redman—. Las plantas de este planeta son muy aromáticas.

—Me gustaría cortar unas cuantas flores.

—Mejor que las dejes donde están, no sea que a las mujeres de aquí les siente mal y nos corten el cuello a nosotros.

Ellen Power se rozó el delicado gaznate con las yemas de los dedos.

—No deberías decir esas cosas, Ken... —murmuró, tras haber tragado saliva con alguna dificultad.

Redman sonrió de nuevo.

—Sólo era una broma, mujer. ¿Te has asustado?

—Claro que me he asustado.

—Lo siento, tratará de arreglarlo —dijo Redman, y antes de que la muchacha se diera cuenta, la estaba besando en los labios, muy expertamente.

Ella no puso objeciones.

Sin embargo, tras el beso, dijo:

—No sabía que fueras tan besucón, Ken.

Redman tosió.

—Bueno, como dijiste que estabas asustada, y en 1 nave se te fue el miedo con un beso, pues...

—Oh, sólo me has besado por eso.

—Claro.

—Qué desilusión.
—¿Desilusión?
—Por un momento pensé que yo te gustaba… —dijo, coquetamente, la joven.
—Y me gustas, Ellen —confesó Redman.
—Jamás me lo habías dicho.
—Porque no había tenido oportunidad.
—Di más bien que no la habías buscado.
—Bueno, es que últimamente, y debido a las circunstancias…
—Excusas.
Ken Redman la tomó por el talle y sonrió con suavidad.
—Tienes razón, Ellen. Debí haberte confesado que me gustabas, y preguntarte si yo a ti también te…
—También, Ken.
—¿Seguro?
—¿Quién va a saberlo mejor que yo?
Redman sacudió la cabeza.
—Cuántos buenos ratos que nos hemos perdido, Ellen.
—Tú tienes la culpa.
—Sí, soy un imbécil. De todos modos, trataremos de recuperar el tiempo perdido. ¿De acuerdo, Ellen?
Ella le sonrió amorosamente.
—De acuerdo, Ken.
Redman la besó largamente y luego dijo:
—Quitémonos los propulsores, Ellen.
—¿Y cómo escaparemos, si nos vemos sorprendidos?
—No te preocupes, nos ocultaremos bien. Además, aunque nos viésemos sorprendidos por alguna de las mujeres, no huiríamos.
—¿No…?
—Huir ya no serviría de nada, Ellen. Ha llegado la hora de entrar en acción. Hemos de rescatar a Dick, Nora, Barry y Leo. Como sea y al precio que sea.
—Tienes razón, Ken —repuso Ellen, y procedió a soltar las correas que sujetaban el propulsor a su cuerpo.
Redman se desprendió del suyo.
—Los ocultaremos entre esos arbustos —indicó, señalándolos.
Así lo hicieron.
Ambos propulsores quedaron perfectamente camuflados, hasta el punto de que sería muy fácil pasar por su lado sin descubrirlos.
Ken y Ellen se miraron.
A los ojos.
Fijamente.
Sin pronunciar palabra.
No era necesario.

Los dos pensaban lo mismo.

Los dos sentían lo mismo.

Y los dos deseaban lo mismo.

Recuperar el tiempo perdido.

Lo había dicho Ken.

Y Ellen había dado su conformidad.

Sobraban, pues, las palabras.

Se sentaron, primero, y luego se tendieron, en el suelo, sobre la tupida hierba, entre unas altas plantas. Se besaron ávidamente, acariciándose al mismo tiempo el uno al otro.

La mano de Ken buscó el cierre de la cremallera del traje espacial de Ellen y empezó a bajarlo, sin separar sus labios de los de ella.

Las caricias de Ken se tornaron más intensas, y Ellen sintió que todo su cuerpo se estremecía, acusándolas.

Repentinamente, Ken Redman se envaró, con una expresión extraña en su rostro.

Ellen Power, sorprendida, inquirió:

—¿Ocurre algo, Ken?

Redman, con el gesto, le indicó que guardara silencio.

Y aguzó el oído.

Más todavía.

Le había parecido escuchar un ruido, muy breve.

Tan leve, que no estaba seguro de que se hubiese producido.

Por eso continuó quieto, en tensión, conteniendo la respiración.

Ellen le miraba, sin un pestañeo.

En tensión también.

La respiración igualmente contenida.

Ken escuchó otro leve ruido.

Y esta vez no tuvo dudas.

Alguien se acercaba.

CAPITULO V

Ellen Power, que también había escuchado el leve ruido, no pudo contener un respingo.

—¡Alguien se acer...!

Ken Redman le cubrió la boca con la mano izquierda y le impidió seguir hablando. Con la derecha, extrajo su pistola de rayos láser.

Pegando la boca al oído de la muchacha, susurró:

—No te muevas de aquí, Ellen. Y no temas. Yo estaré cerca.

Seguidamente, Ken se deslizó silenciosamente sobre la hierba, alejándose de Ellen.

La joven, siguiendo las instrucciones de Redman, no se movió.

Ni siquiera se incorporó.

Lo único que hizo, mientras miraba a un lado y a otro con ojos asustados, fue subirse lentamente la cremallera del traje espacial, que nacía desde un poco más abajo de la cintura y llegaba hasta el cuello.

Ken había desaparecido ya.

Ellen escuchó otro ruido.

Procedente de su derecha.

¿Lo habría producido Ken?

¡No!

¡Ken se había alejado por la izquierda!

¡No podía ser él!

Ellen desenfundó su pistola, con mano temblorosa, y apuntó hacia las plantas de su derecha.

Sentiría tener que matar a alguna de aquellas mujeres, pero si se trataba de su vida o de la suya, no dudaría en apretar el gatillo.

Súbitamente, surgió ante ella una de aquellas extrañas mujeres, enarbolando una maza.

Ellen contuvo un grito.

Por un instante, la hembra salvaje pareció desconcertarse, al ver que la mujer terrestre estaba sola, que el hombre terrestre se habla esfumado.

Otra hembra salvaje surgió de pronto, por el lado izquierdo, esgrimiendo también una maza.

La mujer, de cabello rubio, quedó tan desconcertada como su compañera, que tenía el pelo negro.

Ellen no sabía a cuál de las dos apuntar con su pistola.

De repente, un brazo rodeó el cuello de la mujer morena, y ésta cayó hacia atrás, desapareciendo.

Un brazo fuerte, de hombre, recubierto de tejido rojo, con una franja azul.

El brazo de Ken Redman.

La mujer rubia, al ver desaparecer a su compañera, lanzó un rugido y dio un gran salto por encima de Ellen.

Trataba de acudir en ayuda de su compañera, no había duda.

Ellen no la dejó.

Levantó su pierna velozmente, justo cuando la hembra salvaje saltaba por encima de ella, y le engatilló una de las suyas, haciéndola caer aparatosamente.

Ellen saltó rápidamente sobre la desnuda espalda la mujer y le propinó un golpe en la cabeza con la pistola de rayos láser.

La mujer rubia emitió un ronco sonido y quedó inmóvil.

Ellen, todavía sobre la espalda de la hembra salvaje, llamó quedamente:

—¿Ken…?

Ken Redman surgió por detrás de una planta, con la maza de la mujer morena en la mano.

Al ver tendida de bruces, completamente inmóvil, a otra de aquellas mujeres, y a Ellen sobre su espalda, con la pistola de rayos láser en la mano, sonrió y dijo: —Buen trabajo, Ellen.

—¿Y la otra…? —preguntó ella.

—Inconsciente también —informó Redman.

Ellen se irguió y se abrazó a él.

—Qué miedo he pasado, Ken.

—Con qué sutileza me estás pidiendo que te bese, Ellen —dijo Redman, estrechándola contra sí cariñosamente.

Elia le miró y sonrió.

—Palabra de honor que no estaba pensando en eso.

—Pues yo sí —repuso Redman, y la besó.

Ellen se apresuró a devolverle el beso.

Cuando separaron sus bocas, Ken dijo:

—Qué inoportunas fueron estas mujeres, ¿verdad?

—Muy inoportunas —asintió Ellen, sonriendo.

—Deberíamos pelarlas al cero, por haber interrumpido nuestro primer encuentro amoroso.

—Estarían muy feas con la cabeza rapada —rió Ellen—. Bueno, no tan feas, porque las mujeres de este planeta son hermosas.

—Muy hermosas —convino Ken.

—Y muy atrevidas, por lo que al modo de vestir se refiere —observó Ellen, mirando un momento a la mujer rubia que yacía junto a ellos.

Redman carraspeó.

—Pues a mí no me desagrada su forma de vestir, ya ves. Me parece muy cómoda.

—Cómoda, ¿eh?

—Sí, de veras.
—Tú eres un sinvergüenza —espetó Ellen, que había fruncido el ceño.
—¿Sinvergüenza? —pestañeó Ken.
—No te habrás aprovechado de la morena, ¿verdad?
—¡Ellen…!
—Tardaste demasiado en dejarla inconsciente.
—¿Demasiado…? ¡Si fue cosa de segundos!
—Yo acabé antes con la rubia, y eso que entré en acción después que tú.
Redman elevó las cejas.
—¿Estás celosa, Ellen…?
—Estoy porras —gruñó ella.
Redman le dio un beso en la naricilla.
—Si tienes celos, es que me quieres mucho.
—Más que tú a mí, eso seguro.
—Te demostraré que no. Vamos.
—¿Adónde?
—A un lugar donde pueda demostrártelo. Este ya no sirve.
—¿Y los propulsores…?
—Dejémoslos donde están. Será difícil que puedan descubrirlos.
Ken tiró de la mano de Ellen.
Caminaron con ligereza, pero con cautela, buscando siempre la protección de las plantas más altas.
De pronto, al pasar por debajo de las ramas de grueso árbol, Ellen se vio materialmente arrancada del suelo.
—¡Ken…! —chilló, aterrada.
—¡Ellen! —gritó Redman, observando, perplejo, a la muchacha.
Había pisado una sencilla, pero eficaz trampa para cazar animales vivos, y ahora colgaba cabeza abajo de una de las ramas del grueso árbol, con el pie derecho aprisionado por el lazo de la cuerda que pendía de la rama.
—¡Socorro, Ken…! —gritó Ellen, braceando y pataleando con la pierna libre.
Redman levantó las manos y cogió el rostro femenino, que quedaba a la altura del suyo.
—Tranquila, Ellen. Yo te libraré de la cuerda.
—¡De prisa, Ken! ¡Las mujeres pueden haber Oído nuestros gritos!
—Sí, no hay tiempo que perder —masculló Redman desenfundando su pistola. Apuntó a la cuerda y advirtió—: Prepárate para la caída. Ellen. Yo haré lo que pueda por amortiguarla.
—No te preocupes por eso. Lo que quiero es estar libre cuanto antes, aunque sea con un chichón en la cabeza.
Redman sonrió.

Se disponía a apretar el gatillo, cuando Ellen gritó:

—¡Cuidado, Ken! ¡Detrás de ti!

Redman se revolvió como una centella.

Aun así, no pudo esquivar la embestida de las dos mujeres salvajes que tan silenciosamente habían surgido a sus espaldas, enarbolando sendas mazas, y se vio derribado por ellas, perdiendo, además, su pistola de rayos láser.

Una de las mujeres quedó sobre él, y quiso golpearle con la maza en la frente.

—¡Ken...! —chilló angustiosamente Ellen.

Redman apartó la cabeza en el instante justo y la maza sólo golpeo el suelo.

La hembra salvaje, una pelirroja de senos firmes y desarrollados, sumamente tentadores, lanzó un rugido de rabia al comprobar que había errado el golpe.

Rápidamente trató de enmendar su fallo, con un segundo mazazo.

Ken Redman disparó su puño derecho.

Sin miramientos de ninguna clase.

No estaba la situación como para andares con contemplaciones.

Sus nudillos percutieron en el mentón de la bella pelirroja, la cual emitió un débil gemido, puso los ojos en blanco y cayó hacia atrás.

—¡Ken, cuidado...! —advirtió Ellen, al ver que la otra mujer, otra belleza de pelo castaño, descargaba su maza sobre él.

Redman giró un par de veces sobre sí mismo, con rapidez, y gracias a ello pudo burlar el mazazo.

La mujer, furiosa, saltó sobre él, la meza en alto otra vez.

Redman encogió las piernas y recibió a la hembra salvaje con las suelas de sus flexibles botas, colocándoselas en el moreno estómago.

Un segundo después, las desencogía con fuerza.

La mujer se vio lanzada hacia atrás, y dio un par de vueltas de campana sobre la hierba, perdiendo su maza.

Ken se incorporó de un salto.

La mujer, cuyos ojos llameaban de furia, tiró velozmente de su espada y se puso en pie de un brinco.

Ken se apresuró a recoger su pistola de rayos láser y apuntó a la hembra salvaje.

—¡Quieta ahí, guapa! Y tira esa espada inmediatamente, que alguien podría pincharse —ordenó, aunque sabía que eran escasas las probabilidades de que las mujeres de aquel planeta entendiesen su lengua.

No, la mujer no debió entenderle, porque despreciando el peligro que suponía el verse encañonada un arma tan poderosa como la que esgrimía Redman arremetió contra él, la espada en alto.

Ken saltó de lado, esquivando limpiamente la acometida, al

tiempo que maldecía para sus adentros.

Sí, porque de poco le servía tener una pistola rayos láser si no se decidía a utilizarla contra aquella fiera mujer.

Furioso consigo mismo, enfundó el arma y recogió del suelo la maza de la otra hembra salvaje, la pelirroja de senos voluminosos y turgentes, que seguía desvanecida.

Burló el nuevo ataque de la mujer de pelo castaño, cuyas protuberancias pectorales tampoco eran ninguna tontería, y le puso la zancadilla, muy hábilmente.

La hembra salvaje se vio de bruces en el suelo.

Ken dio un salto hacia ella y le atizó con la maza la cabeza.

No fue un golpe demasiado contundente, pero sí lo suficiente como para que la brava mujer perdiese el sentido y dejase de causar problemas.

Ken Redman respiró hondo.

—¡Uf!, menos mal… —rezongó, dejando caer la maza al suelo.

—¡Ken! —llamó Ellen Power.

Redman se volvió hacia la joven.

—Te bajaré de ahí, Ellen.

—Date prisa, Ken. Podrían aparecer más mujeres.

Sí.

Eso fue lo que dijo Ellen Power.

Lo que temía, más bien.

Y acertó de lleno.

Sucedió apenes un par de segundos después de que Ken cortase la cuerda que sujetaba a Ellen, con su pistola, y ambos cayesen al suelo, quedando ella sobre él.

Nada menos que doce mujeres surgieron a la vez, por cuatro puntos distintos, y cayeron como fieras sobre ellos.

Ken y Ellen se defendieron con bravura, pero no fue mucho lo que pudieron hacer ante tantas mazas.

Ellen recibió un golpe en el cráneo y se desvaneció en el acto.

Poco después, era Ken el que quedaba inconsciente, de otro seco mazazo en la cabeza.

CAPITULO VI

Cuando Ken Redman recobró el conocimiento, se encontró encerrado en una jaula de gruesos barrotes de madera, fuertemente atado de pies y manos.

Junto a él, inconsciente todavía, yacía Ellen Power.

La jaula tenía, aproximadamente, un metro de altura, otro tanto de anchura y algo más, alrededor de un metro y veinticinco centímetros, de longitud.

Redman incorporó el torso, con alguna dificultad, pues las manos las tenía atadas a la espalda. Observó que su funda, al igual que la de Ellen, estaba vacía.

Las hembras salvajes que los habían capturado se habían apoderado de las dos pistolas de rayos láser.

—¡Ken! —oyó que le llamaban.

Redman dio un respingo, al reconocer la voz de Dick Alston.

Se giró inmediatamente.

—¡Dick...! ¡Nora...! —exclamó, con alegría, observando al rubio y a la morena, que estaban encerrados en otra jaula de medidas similares, igualmente maniatados.

—¿Estás bien, Ken? —preguntó ella.

—Sí, dentro de lo que cabe... —rezongó Redman—. ¿Y vosotros?

—Tenemos sendos chichones en la cabeza, paro nada más —respondió Alston.

—¿Y a nosotros qué, no se nos saluda? —dijo una voz.

Ken Redman respingó de nuevo y miró hacia su izquierda.

—¡Barry! ¡Leo!

—Vaya, menos mal, ya reparaste en nosotros —rezongó Barry Scott, encerrado junto con el joven Leo Flinn en una tercera jaula.

También ellos estaban atados a conciencia.

Redman sonrió.

—Perdonad, muchachos. No os había visto.

—Que no quieres nada con los pobres, eso es lo que pasa —dijo Scott.

—No hagas caso a Barry, Ken —habló Flinn.

—Tú a callar, mocoso —gruñó Scott.

—No vuelvas a llamarme mocoso o me cambio jaula —repuso Flinn, con buen humor.

Todos, incluido Scott, rieron la jocosa respuesta de Leo Flinn.

Las risas, especialmente la del rubio Dick, fuerte y bronca, ayudaron a despertares a Ellen Power.

Dick, Nora, Barry, Leo y el propio Ken, se interesaron rápidamente

por el estado físico de la muchacha.

Ellen confesó hallarse bien, aunque dijo que le dolía la cabeza.

—¡Toma!, como a todos —dijo Alston—. ¡Las mujeres de este planeta sueltan cada mazazo que...! Si besan con el mismo fervor, debe ser maravilloso pasar un...

— ¡Cállate! —ordenó Nora Huston, mirándolo duramente.

—¿Por qué he de callarme? —preguntó el rubio, extrañado.

—¡Porque lo digo yo!

—¿Y quién eres tú?

—¡Alguien que te hacía saltar las pecas a bofetadas si no tuviera las manos atadas!

Alston subió las cejas.

—¿Sólo porque he dicho que si las mujeres de este planeta besan con el mismo fervor que...?

—¡Besarán como nosotras, las terrestres! ¡O peor, porque aquí, por lo que hemos visto, tienen pocos hombres para practicar!

Ken Redman intervino:

—¿Habéis visto alguno?

—¿De qué? —preguntó Nora.

—-Hombres.

—Cinco. Y mujeres, en este poblado, hay casi un centenar.

—A veinte por barba —observó Alston, sonriendo pícaramente—. ¿No es maravilloso, Ken?

—¿A qué te aplasto la nariz de un cabezazo? —amenazó Nora, furiosa,

—¿Quién dijo que quería cambiar de jaula...? —preguntó el rubio, mirando la que ocupaban Barry Scott y Leo Flinn.

Estos rieron.

—Dejad de discutir, por favor, y habladme de esos cinco hombres —rogó Redman—. ¿Cómo son? ¿Van armados también?

—¿Cómo van a ir armados, si son esclavos de las mujeres? —respondió Alston.

—¿Esclavos...?

—Sí, lo son —confirmó Nora.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por la forma de tratarlos. Además, llevan los pies sujetos por una cadena, con grilletes en los tobillos. Debe ser para que no puedan escaparse.

—Diablos... —murmuró Redman.

—Nosotros custro recuperamos el conocimiento antes de llegar al poblado. Por eso lo sabemos —explicó Scott.

—Pobres hombres... —dijo Ellen.

—Aun así, yo sigo pensando que son unos tipos afortunados —opinó Alston— Las mujeres de aquí, mejorando lo presente, son muy

hermosas, y si tocan a veinte…

—¡Veinte estacazos te daría yo a ti, si tuviera las manos libres y una buena estaca! —rugió Nora.

El rubio rió.

—Cómo se pica Nora, ¿eh? ¿Y sabes por qué? Teme que alguna de las mujeres de este planeta se prende de mí, y yo no le haga ascos al asunto.

—¡De ti no se prendaría ni la mona más fea del planeta! —replicó la morena—. ¡Suponiendo que haya monas aquí, claro!

Todos volvieron a reír.

Sus risas, sin embargo, se cortaron en seco cuando vieron entrar, en la cabaña donde ellos se encontraban, construida con troncos, a cinco de aquellas mujeres y un hombre.

El hombre, de unos cuarenta años de edad, se cubría con un taparrabos. Era bastante alto, fuerte todavía, y, como había informado Nora Huston, sus pies descalzos estaban sujetos por una cadena de unos cincuenta centímetros de longitud, cuyos grilletes cercaban sus tobillos. En el pecho y en los brazos tenía señales de latigazos, aunque no parecían recientes. También en la espalda, aunque ésta no podían verla, por el momento, Ken Redman y sus compañeros.

Los seis terrestres observaron con detenimiento al hombre, cuyo cabello, muy oscuro, era casi tan largo como el de las mujeres. También su barba estaba muy crecida.

Los ojos del hombre, sin brillo alguno, expresando una gran tristeza, se posaron en los seis seres enjaulados, a los que miró con pena.

Ken Redman apartó la mirada de aquella especie de hombre de les cavernas y observó a las cinco mujeres.

A una de ellas, en particular.

La del centro.

Era la más hermosa de todas.

Tenía el cabello dorado como el oro, los ojos muy claros, grandes y brillantes, protegidos por un par de sedosas y larguísimas pestañas. Sus labios eran rojos, llenos, sensuales. No vestía como las demás. En lugar de la breve faldita llevaba una túnica corta, de color verde claro, descaradamente transparente, abierta totalmente, además, por los lados, aunque se mantenía sujeta por un ancho cinturón plateado, del cual pendían una espada y un cuchillo.

Sobre la cabeza, llevaba una especie de diadema muy extraña, que despedía intensos destellos. En la mano derecha portaba un látigo de tres colas, con adornos en la empuñadura.

Todo parecía indicar que aquella belleza rubia, de pechos altivos y mirada orgullosa y desafiante, era la que daba las órdenes en aquel lugar.

Pronto se comprobó que sí, que era ella la que mandaba allí.

Habló en una lengua extraña, con voz autoritaria, al tiempo que propinaba un empujón al hombre encadenado, el cual estuvo a punto de caerse.

Evidentemente, acababa de darle una orden al barbudo.

Este se mojó los labios con la lengua y habló en idioma terrestre, con absoluta perfección: —Amila, la amazona-jefe, me ordena que os haga saber que...

— ¡Habla como nosotros! —exclamó Dick Alston, tan perplejo como todos los demás.

—¡Sí, conoce nuestra lengua! —dijo Barry Scott

—¡Es sorprendente! —exclamó Leo Flinn.

—No tan sorprendente, porque soy terrestre... —aclaró el hombre de larga cabellera.

La perplejidad de Ken Redman y sus compañeros aumentó considerablemente.

—¡Terrestre...! —repitió Ellen Power.

—¡D ice que es terrestre...! —galleó Nora Huston.

—Sí, soy terrestre —habló de nuevo el hombre—. Me sino Jonathan Kopell y salí de la Tierra en el año 2081, en la astronave Electra-VII.

—En el 2081... —murmuró Ken Redman—. Trece años antes que nosotros...

— ¿Vosotros salisteis en el 2094?

—Sí.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Han pasado dos años —informó Ken.

—Estamos, pues, en el 2096... —murmuró el hombre de la crecida barba, como si hablara consigo mismo.

—Sí —asintió Ken.

—No tenía ni idea. En este maldito planeta se pierde la noción del tiempo...

—¿Cómo se llama este planeta?

—Sirox.

—¿Qué le ocurrió a la Electra-VII? ¿Cómo llegaste tú hasta aquí?

—La Electra-VII desapareció misteriosamente. Yo, junto con otros cuatro compañeros, salí en misión de reconocimiento en una pequeña nave. A los dos días...

—Perdisteis el contacto con la astronave — adivinó Redman.

Jonathan Kopell pestañeó.

—¿Cómo lo sabes?

—A nosotros nos sucedió algo parecido —explicó Redman—. Viajábamos en la Ulises-XII. Como vosotros, salimos los seis en una pequeña nave, en misión de reconocimiento, perdimos el contacto con

la astronave a los tres días de haberla abandonado y ya no hubo modo de dar con ella, pese a todos nuestros esfuerzos. Finalmente, optamos por intentar el regreso a la Tierra, aunque éramos conscientes de las dificultades.

—Igual que nosotros. Y fue entonces cuando nos tropezamos con este pequeño planeta y nos vimos atraídos poderosamente hacia él. Por fortuna caímos en el desierto, y la arena amortiguó la violencia del forzoso aterrizaje, lo cual nos permitió salvar la vida... He dicho fortuna, ¿verdad? —sonrió tristemente Kopell—. Pues debí decir desgracia... Sí, porque hubiera sido mejor estrellarnos contra la superficie del planeta y hacernos todos pedazos, que vivir de esta manera, esclavos de las amazonas...

Sobrevino un silencio.

Ken Redman lo rompió, inquiriendo:

—¿Los otros cuatro hombres que hay en este poblado son tus compañeros, los que iban contigo en la pequeña nave?

—No, esos hombres nacieron aquí, en Sirox, y son esclavos de las amazonas desde el primer día —¿Y tus compañeros...?

—Dos de ellos han muerto. Los otros dos, trabajan en otro poblado —informó Kopell.

—¿Hay muchos poblados?

—De amazonas, es decir, de mujeres guerreras, que son las mujeres comprendidas entre los dieciocho y los treinta y dos años, una docena. Y en cada poblado, hay una amazona-jefe. Amila —Kopell miró un instante a la bella mujer de cabellos dorados—, además de ser la amazona-jefe de este poblado, es también, en estos momentos, la que tiene el mando absoluto de todo el planeta.

—Doce poblados, a cien amazonas por poblado, hacen un total de mil doscientas amazonas... —observó Redman.

—Sí, ése es aproximadamente el número de mujeres guerreras. Las menores de dieciocho años y las mayores de treinta y dos viven todas juntas en otro poblado distinto. Las primeras, en espera de alcanzar la edad necesaria para ser guerreras. Las segundas, esperan tranquilamente la muerte. Pero, mientras ésta llega, se dedican a instruir a las futuras amazonas.

—¿En cuanto a los hombres...?

Jonathan Kopell esbozó una triste sonrisa.

—Los adultos no pasan de sesenta en todo el planeta. En cada poblado hay cinco. Cuando caen enfermos, o llegan a una edad demasiado avanzada para servir debidamente a las amazonas, son ejecutados.

—¿Ejecutados...? —respingó Dick Alston, que habla permanecido callado mucho tiempo, al igual que Nora, Ellen, Barry y Leo.

Kopell miró al fornido rubio.

—Sí, ejecutados sin la menor piedad, y sustituidos por otros jóvenes y sanos, los cuales, desde que nacen y hasta ese momento, permanecen cautivos en un poblado-prisión, siempre vigilados por las amazonas.

—Qué horror, Dios mío… —musitó Ellen Power.

—¿Cuántos jóvenes hay en ese poblado-prisión? —inquirió Ken Redman.

—El mismo número que adultos al servicio de las amazonas, es decir, sesenta. Y cuando uno de ellos es sacado de allí para sustituir al último adulto ejecutado, una de las amazonas engendra un varón, y cuando éste nace, es llevado al poblado-prisión. Las amazonas pueden engendrar varones o hembras, según las necesidades del momento, gracias a un extraño brebaje que preparan con hierbas, y que ingieren ellas y obligan a ingerir a los hombres antes de mantener relaciones sexuales con ellos. Es sorprendente, pero el brebaje nunca falla. Si necesitan que nazca un varón, nace un varón, y si necesitan que nazca una hembra, pues nacerá una hembra. Gracias a ello, el número de mujeres y hombres en este condenado planeta es siempre el mismo.

Se produjo un silencio.

Al ver que nadie le preguntaba nada, Jonathan Kopell hizo saber:

—Amila, la amazona-jefe, ha decidido que vosotros cuatro, los hombres, trabajéis como esclavos. En cuanto a vosotras dos, las mujeres —miró a Ellen y a Nora—, seréis sometidas hoy mismo a distintas pruebas de fuerza, de habilidad, y de valor. Si las superáis, y puesto que ambas sois jóvenes, seréis admitidas como amazonas y gozaréis de los mismos privilegios que ellas.

—¿Y… si no las superamos? —preguntó Ellen, con débil voz.

Jonathan Kopell tardó unos segundos en responder.

Como si le doliera tener que hacerlo.

Finalmente, comunicó:

—Si no superáis las pruebas seréis ejecutadas.

CAPITULO VII

El silencio, esta vez, fue mucho más largo y profundo.

Ellen Power y Nora Huston, muy pálidas, se miraron entre sí.

Ken Redman, Dick Alston, Barry Scott y Leo Flinn las miraron a ambas, sin atreverse a pronunciar palabra.

Amila, la amazona-jefe, y máxima autoridad actualmente en Sirox, habló en su lengua.

Debió preguntarle algo a Jonathan Kopell, pues éste se volvió hacia ella y le respondió, en el mismo idioma.

Amila habló de nuevo, siempre en el mismo tono autoritario.

Kopell, sumisamente, bajó la mirada y caminó hacia la salida de la cabaña, arrastrando su cadena.

La amazona-jefe le dio un empujón, sin duda para que caminara más de prisa.

El terrestre cautivo, pese a la dificultad que suponía tener los pies encadenados, se movió con más ligereza, saliendo de la cabaña.

La hermosa Amila y las otras cuatro amazonas abandonaron también la cabaña, dejando solos a los enjaulados terrestres.

Estos continuaron callados un par de minutos más.

Finalmente, Ken Redman se decidió a hablar:

—Hemos de hacer algo, muchachos.

—¿Y qué podemos hacer, Ken? —rezongó Alston— . Estamos atados como salchichas…

—Pues hemos de soltarnos.

—¿Cómo?

—Como sea.

— Te explicas como un libro abierto. Ken.

—Déjate de ironías ahora, Dick, maldita sea. Ya sabemos cuál es la situación, y lo que nos espera a cada uno de nosotros. Jonathan Kopell ha hablado muy claro. Tú, Barry, Leo, y yo, esclavos de las amazonas hasta que caigamos enfermos o nos hagamos viejos. Entonces, seremos ejecutados sin piedad. Ellen y Nora serán sometidas dentro de poco a unas pruebas tan duras que difícilmente podrán superar, y ya sabéis lo que pasará si no las superan con éxito.

—Que nos ejecutarán… —murmuró Nora Huston, bajando la cabeza.

Barry Scott intervino:

—Ken tiene razón. Tenemos que hacer lo imposible por soltarnos.

—Y cuanto antes empecemos a esforzarnos, mejor —añadió Leo Flinn.

—Yo estoy dispuesto a esforzarme lo que haga falta, pero… —

rezongó Alston.

—Trata de aflojar las cuerdas de Nora, Dick —indicó Redman—. Yo haré lo propio con las de Ellen. Y tú. Barry, con las de Leo A ver quién de los tres tiene más suerte.

—¿Te olvidas de las jaulas, Ken? —observó el rubio—. Aunque lográramos soltarnos, cómo saldríamos de ellas?

—No nos planteemos un segundo problema sin haber resuelto el primero —repuso Redman—. Vamos, Ellen, pega tu espalda a la mía.

Ellen Power obedeció.

Lo mismo hicieron Barry Scott y Leo Flinn.

Dick Alston miró a Nora Huston.

—¿A qué esperas, Nora?

Ella soltó un gruñido.

—Me molesta tener que pegar mi cuerpo al tuyo, aunque sólo sea la espalda.

—Oh, pues no lo hagas, rica. A mí me da igual.

—Lo haré. Pero porque no tengo más remedio.

—¿Por qué no eres sincera, y confiesas que en el fondo deseas sentirte lo más cerca posible de mí?

—¡Cállate o te araño!

—Como no sea el trasero... —rió Alston, cuya espalda ya estaba pegada a la de Nora Huston.

La morena le dio un fuerte pellizco.

Precisamente allí, donde habla dicho el rubio: en el trasero.

Alston dio un grito y un brinco, las dos cosas al mismo tiempo.

Redman le miró.

—¿Qué ocurre, Dick...?

—¡Nora me ha dado un pellizco salvaje en la mejilla!

—¿En la mejilla...? ¿Y cómo ha podido, con las manos atadas a la espalda...?

—¡En la mejilla trasera, maldita sea! —aclaró el rubio, haciendo reír a todos sus compañeros.

La que más a gusto se reía era Nora.

Pero se tragó la risa de golpe cuando los dedos pulgar e índice de Dick Alston le cazaron un pedazo de nalga y apretaron con rabia.

—¡Ay! —gritó, dando un saltito sobre la paja que cubría el piso de la jaula.

—¿Te has pinchado, Nora ? —preguntó el rubio socarronamente.

—¡Pecoso del diablo...! —rugió ella—. ¡Te voy a...!

—¡Quieta, Nora, que ahora estamos empatados a pellizcos en el trasero! Si me pellizcas de nuevo yo haré lo propio contigo, y no acabaremos nunca, lo cual sería fatal, no sólo para nuestras respectivas posaderas, que acabarían perdidas de cardenales, las pobres, sino para nuestros planes de fuga.

La morena no le pellizcó.

—¿Qué, fumamos la pipa de la paz? —propuso Alston.

—Fumadla —dijo Redman, conteniendo la risa—. Es una orden.

Nora Huston soltó un rugido.

—Está bien, recurriremos al tabaco —accedió—. ¡Pero te juro, Dick, que si salimos de ésta...!

—Difícil está la cosa, Nora —dijo Alston—. Y con lo poco que colaboras tú...

—¡Menos colaboras tú, cara de mico!

—Eh, que no vale insultar.

—Que me perdone el mico, que es el único que puede sentirse ofendido.

—Estate quieta, diablos, que así jamás logrará aflojar tus ligaduras —gruñó el rubio.

—¡Me estás tocando!

—A ver, ¿quién me presta unas pinzas para desatar a Nora? —solicito Alston, irónico—. Le molesta que mis dedos la rocen.

—¡Me estás tocando intencionadamente, como cuando me descolgaba por la cuerda!

—¡Vete al diablo, Nora!

—¡Vete tú!

—¿Por qué no os vais los dos? —gruñó Ken Redman — Estoy harto ya de oíros, pareja de cotorras.

Dick Alston y Nora Huston cortaron la discusión.

Durante varios minutos nadie habló.

Ken, Dick y Barry se esforzaban denodadamente por aflojar las ligaduras de Ellen. Nora y Leo, respectivamente.

Pero no era tarea sencilla.

Las cuerdas habían sido apretadas a conciencia, y los esfuerzos de Ken, Dick y Barry apenas se vieron recompensados.

Para colmo, cuando parecía que las ligaduras comenzaban a ceder, aunque muy ligeramente, media docena de amazonas y cuatro hombres encadenados, entre los que no se hallaba Jonathan Kopell, penetraron en la cabaña.

Loa cuatro hombres eran altos y musculosos, y, al igual que Kopell, se cubrían con escuetos taparrabos y llevaban el pelo largo y la barba muy crecida.

Sus ojos tenían una mirada inexpresiva.

Las amazonas los empujaron con las lanzas hacia las jaulas que ocupaban Ken y Ellen, y Dick y Nora.

Los hombres, sin pronunciar palabra, soltaron las cadenas que mantenían cerradas las puertas de las jaulas.

Dichas cadenas permanecían enganchadas al aro de hierro que sobresalía en el mismo centro de la parte superior de la jaula, por

arriba, lejos del alcance de las manos de los prisioneros aunque éstos las tuvieran libres.

Las puertas de ambas jaulas fueron abiertas y Ellen y Nora sacadas de las mismas por los cuatro esclavos, los cuales las dejaron en el suelo.

Ken y Dick quisieron salir también de las jaulas, pero las amazonas saltaron rápidamente hacia ellos y apoyaron las puntas de sus lanzas en los pechos de ambos.

Ken y Dick se vieron obligados a desistir.

Una de las amazonas habló, a gritos.

Loa cuatro hombres de Sirox se apresuraron a cerrar las puertas de las jaulas y engancharon nuevamente las cadenas a los aros de hierro.

Las amazonas se aseguraron de que las cadenas habían sido enganchadas debidamente y luego una de ellas dio una orden.

Los cuatro esclavos, obedientes, cargaron con las dos mujeres terrestres y caminaron hacia la puerta de la cabaña.

—¡Ken...! —gritó Ellen, con desesperación.

—¡Dick...! —chilló Nora, no menos angustiada.

— ¡Soltadlas! —rugió Redman, sintiéndose corroer de rabia y de impotencia.

—¡Eh, vosotros, ya lo habéis oído! ¡Soltadlas inmediatamente! —rugió también Alston, el rostro congestionado de ira.

Uno y otro, en su excitación, olvidaban que ni las amazonas ni los hombres de Sirox entendían su lengua así que no podían saber lo que ellos decían.

Ellen y Nora fueron sacadas de la cabaña, entre los gritos y maldiciones de Ken, Dick, Barry y Leo.

Las seis amazonas salieron también.

Dick Alston apoyó su ancha espalda contra los gruesos barrotes de la jaula y hundió la cabeza en su pecho.

—Hembras malditas... —dijo, sin apenas despegar los dientes.

Ken Redman miró a Barry Scott y Leo Flinn.

—¿Cómo están tus ligaduras, Leo?

—Han cedido algo, aunque muy poco —comunicó el joven Flinn.

— Sigue intentándolo, Barry —indicó Redman—. Vosotros sois nuestra única esperanza. Dick y yo solos no podemos hacer nada. Y las chicas nos necesitan...

Scott apretó los maxilares con rabia y dijo:

— Vamos, Leo.

Flinn pegó de nuevo su espalda a la de Scott, y éste reanudó sus esfuerzos con todo el vigor de que era capaz.

CAPITULO VIII

Ellen Power y Nora Huston fueron llevadas a otra cabaña, más amplia y mucho mejor acondicionada que la anterior.

Al fondo de la misma, y sentada en un sillón de alto respaldo, se hallaba Amila, la amazona-jefe, con el látigo de tres colas sobre las rodillas.

A su derecha tenía dos amazonas, y otras dos a su izquierda.

Eran las mismas que la habían acompañado a la cabaña donde permanecían enjaulados los terrestres.

También, cerca de ella, se hallaba Jonathan Kopell.

Los cuatro hombres de Sirox dejaron a Ellen y a Nora en el suelo, a un par de metros de la bella Amila.

Esta dio una orden y dos de las seis amazonas que habían entrado con los esclavos y las mujeres terrestres sacaron a éstos de la cabaña, quedándose fuera.

Las otras cuatro amazonas continuaron en la cabaña, muy cerca de Ellen y Nora, las cuales miraban, asusta das, a la amazona-jefe.

Amila, tras observarlas unos segundos, habló de nuevo.

Las cuatro amazonas que habían llegado con los prisioneros terrestres dejaron sus lanzas apoyadas contra la pared de la cabaña y procedieron a desatar a Ellen y Nora.

Cuando las dos mujeres terrestres estuvieron libres, las amazonas recuperaron sus lanzas y vigilaron con ellas a Ellen y Nora, muy atentas a cualquier movimiento sospechoso que éstas pudieran realizar.

La hermosa Amila se dejó oír de nuevo.

Jonathan Kopell tradujo:

—Amila ordena que os pongáis en pie.

Ellen y Nora obedecieron.

La amazona-jefe dijo algo más.

Kopell comunicó:

—Amila ordena que os quitéis los trajes espaciales y las botas.

Ellen y Nora se miraron, sorprendidas.

—¿Que nos quitemos los…? —murmuró la primera.

—Sí —dijo Kopell.

—¿Para qué? —inquirió Nora.

—No lo sé.

—¿Qué pasará si nos negamos? —preguntó Ellen.

—No os lo aconsejo. Os los quitarían por la fuerza, y luego seríais castigadas por haber desobedecido a la amazona-jefe —hizo saber Kopell—. Amila tiene muy malas pulgas, os lo aseguro —advirtió.

Las palabras de Jonathan Kopell acabaron con los titubeos de Ellen y Nora.

Primeramente, se quitaron las botas. Luego, el cinto. A continuación, lentamente, se bajaron la cremallera y se despojaron del traje espacial, quedando prácticamente desnudas a los ojos de las amazonas y de Kopell, pues sólo conservaban el sucinto slip.

Ambas se vieron observadas con detenimiento por las amazonas, y en los ojos de la amazona-jefe hubo un destello que no fue precisamente de admiración, sino de contrariedad.

Evidentemente, le molestaba que las dos mujeres terrestres tuviesen un cuerpo tan bello y armonioso. Senos firmes, suficientemente desarrollados, delgada cintura, espléndidas caderas, piernas largas, de torneados muslos...

Dos cuerpos perfectos, en suma.

Amila dejó oír su voz.

Las dos amazonas que tenía a su derecha se acercaron a un cofre, levantaron la tapa, y sacaron de él dos falditas como las que usaban ellas, dos pares de sandalias y dos adornos metálicos en forma de media luna, idénticos a los que colgaban del cuello de todas las amazonas.

Entregaron todo ello a las mujeres terrestres.

La amazona-jefe habló.

Jonathan Kopell continuó haciendo de traductor:

—Amila ordena quo os pongáis todo eso. Quiere que vistáis como las amazonas de Sirox.

Ellen y Nora se pusieron las cortas faldas, se colocaron las sandalias, cuyas tiras de cuero ataron a sus piernas, y luego se colgaron del cuello el brillante adorno metálico.

La amazona-jefe cogió su látigo, se puso en pie y habló nuevamente.

Kopell explicó:

—Amila ordena que salgáis de la cabaña. Ha llegado el momento de someteros a las pruebas.

Ellen y Nora se cogieron las manos.

—Dios nos proteja, Nora...

—Espero que así sea, Ellen. Falta nos va a hacer.

Las amazonas las empujaron con sus lanzas, obligándolas a caminar hacia la salida.

Jonathan Kopell también fue empujado por la amazona-jefe.

Salieron todos de la cabaña.

La totalidad de las amazonas se hallaban fuera de las cabañas, agrupadas cerca del precioso lago, donde iba a tener lugar el espectáculo.

Los cuatro hombres de Sirox estaban con las amazonas.

Ellen y Nora fueron conducidas a la orilla del lago.

Amila ordenó algo a las ocho amazonas que hablan salido con ella de su cabaña.

Estas, a su vez, ordenaron a los cuatro hombres de Sirox que caminaran hacia la cabaña de los prisioneros terrestres.

Los esclavos obedecieron.

Las ocho amazonas echaron a andar tras ellos, propinándoles, de vez en cuando, algún empujón con las lanzas.

Penetraron todos en la cabaña.

Ellen Power, aprovechando que Jonathan Kopell estaba cerca de ella y de Nora, preguntó en voz baja: —¿Qué ha ordenado Amila, Jonathan?

Kopell, en el mismo tono, informó:

—Que traigan aquí a vuestros compañeros, para que ellos presencien también las pruebas a que van a someteros.

—¡Qué vergüenza, Ellen! —gimió Nora Huston, mirándose—. Si al menos el adorno metálico fuese más grande... —murmuró, tratando de tirar de él hacia abajo, lo cual no logró, claro.

Le media luna llegaba justo hasta el nacimiento de los senos, ni un centímetro más.

—Olvídate de eso ahora, Nora —dijo Ellen—. Hay cosas mucho más serias en las que pensar. Dentro de poco vamos a jugarnos la vida, Y Ken, Dick, Barry y Leo van a sufrir mucho presenciando las pruebas. Tampoco ellos estarán como para pensar o fijarse en nuestros bustos.

La morena se mordió los labios.

—Tienes razón, Ellen. En estos momentos, la forma en que vamos vestidas no tiene ninguna importancia. Ni para nosotras, ni para ellos.

Ellen y Nora miraron de nuevo hacia la cabaña en donde estaban presos Ken, Dick, Harry y Leo, esperando verlos salir de un momento a otro.

Mientras tanto, en el interior de la cabaña, las amazonas habían ordenado a tos cuatro esclavos que abriesen las jaulas y sacasen a los prisioneros.

La primera que abrieron fue la que ocupaban Barry Scott y Leo Flinn.

Y fue entonces cuando sucedió lo inesperado.

Scott y Flinn, que aparentemente continuaban maniatados, se desprendieron en una fracción de segundo de sus ligaduras, que en realidad estaban sueltas desde unos minutos antes, y saltaron de la jaula como impulsados por un resorte, cayendo sobre las amazonas más próximas a ella, a las cuales derribaron.

Los cuatro hombres de Sirox abrieron la boca de par en par, perplejos.

No menos perplejas se hallaban las seis amazonas que continuaban en pie.

Pero reaccionaron pronto.

Demasiado pronto.

Su primer objetivo consistía en dejar inconscientes a los dos hombres terrestres con varios golpes de lanza.

Y a ello fueron.

CAPITULO IX

—¡Barry, Leo, cuidado! —gritó Ken Redman.

—¡Apartaos, rápido! —rugió Dick Alston.

Ambos continuaban atados, y sólo podían ayudar a sus compañeros con la voz.

Poca cosa, desde luego, pero al menos por el momento de algo sirvió, pues Scott y Flinn saltaron, cada uno hacia un lado distinto, esquivando así los golpes de lanza de las otras seis amazonas.

Estas, al no poder frenar a tiempo el impulso de sus brazos, descargaron las lanzas sobre sus caídas compañeras, las cuales quedaron inconscientes.

Barry Scott había conseguido apoderarse de la lanza de la amazona que él derribara al saltar de la jaula.

Leo Flinn, por su parte, esgrimía la espada de la otra amazona, y, al igual que su compañero, se dispuso a hacer frente a las seis amazonas que quedaban en pie.

Seis contra dos.

Mucha desventaja.

No importaba que fuesen seis mujeres contra dos hombres.

Eran amazonas.

Mujeres guerreras.

Diestras en el manejo de aquel tipo de armas y expertas en la lucha cuerpo a cuerpo.

Si los cuatro hombres de Sirox se decidiesen a ayudar a Barry y a Leo, la cosa sería distinta.

Así lo entendió Ken Redman, quien, aun sabiendo que los esclavos no conocían su lengua, gritó: —¡Lanzaos sobre las amazonas, amigos! ¡Vuestra libertad depende de ello!

—¡Vamos, valientes! —rugió Dick Alston—. ¡Dejadlas tontas a golpes de puño!

Pero no.

Los cuatro hombres de Sirox continuaron inmóviles, observando, con la boca abierta, la desigual pelea.

Barry Scott y Leo Flinn se defendieron como leones, contrarrestando su Inferioridad numérica a base de astucia, audacia y mucho corazón.

Scott burló la acometida de una de las amazonas, y acto seguido le descargó la lanza en la espalda, utilizándola como bastón.

La hembra salvaje dio un grito y se derrumbó.

Flinn pegó un gran salto, eludiendo así la embestida de otra amazona, a la cual dejó sin sentido de un golpe en la cabeza,

propinado con el ancho acero de la espada corta que empuñaba.

— ¡Bravo, muchachos! —rugió Ken Redman.

—¡Duro con ellas, valientes! —se desgañitó Dick Alston.

Las cuatro amazonas que continuaban en pie abrieron en abanico, tratando de acorralar a los dos hombres terrestres contra una de las paredes de cabaña.

Lo lograron.

Cuando ya sus espaldas habían topado contra los gruesos troncos que formaban la pared, Barry Scott dijo: —Mucho cuidado ahora, Leo. Se disponen a saltar las cuatro a un tiempo sobre nosotros.

Así fue.

Scott logró esquivar el golpe de lanza de una de las dos amazonas que se arrojaron sobre él, y derribarla de un mazazo en la nuca propinado con el puño.

No pudo, sin embargo, eludir el ataque de la otra, y ésta le golpeó en el cuello con su lanza.

Scott cayó al suelo, aturdido.

Un nuevo golpe, esta vez en la cabeza, le privó por completo del sentido.

Algo similar le ocurrió a Leo Flinn.

Consiguió dejar fuera de combate a una de las amazonas que saltaron sobre él, pero ya no tuvo tiempo de esquivar a la otra, la cual le hundió en el estómago el extremo de la lanza que no acababa en punta.

Evidentemente, las amazonas querían atraparlos vivos, a ser posible.

Y como, por otra parte, los terrestres se habían limitado a golpearlas, sin utilizar en ningún momento la punta de la lanza o el cortante filo de la espada...

Leo Flinn se encogió en el acto, dando un rugido de dolor.

La amazona levantó la lanza, con intención de descargarla sobre la cabeza del terrestre.

—¡Leo, cuidado...! —chilló Redman.

El joven Flinn, pese al terrible dolor que sentía en la región estomacal, tuvo fuerzas suficientes para lanzarse sobre la amazona y hundirle la cabeza en el estómago, para que también le doliera a ella.

Cayeron los dos al suelo.

La amazona se retorció, agarrándose la zona castigada con ambas manos.

—¡Detrás de ti, Leo! —gritó Alston.

Flinn giró sobre sí mismo, cuando ya la última amazona que continuaba en pie descargaba su lanza sobre su cabeza.

La lanza chocó contra el suelo y se quebró.

La amazona, enfurecida, extrajo su espada.

—¡Arriba, Leo! —gritó Redman.

—¡Que sólo queda una, muchacho! —rugió Alston—. ¡Ánimo!

Flinn se puso en pie de un salto.

La amazona le atacó, con mucha decisión.

Flinn flexionó las piernas y el destellante acero silbó agudamente por encima de su cabeza, rozándole el cabello.

La cosa, ahora, parecía ir mucho más en serio.

Encogido como estaba, Leo Flinn se arrojó sobre la amazona, arrollándola con su cuerpo.

Cayeron los dos al suelo, quedando él sobre ella.

Flinn se disponía a dejarla sin sentido de un puñetazo en el rostro, cuando oyó pasos precipitados.

Miró un instante hacia la puerta de la cabaña.

En ésta irrumpieron Amila y no menos de una docena de amazonas, esgrimiendo lanzas, mazas y espadas.

La amazona sobre la cual se hallaba Leo Flinn aprovechó la distracción de este para propinarle un golpe en la sien, con la empuñadura de su espada.

Flinn emitió un gemido y cayó de lado, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

—Se acabó… —suspiró Dick Alston, desilusionado.

—Sí, los esfuerzos de Barry y Leo no han servido de nada —dijo Ken Redman—. En realidad, era muy difícil que la cosa saliera bien…

—Si esos cuatro calzonazos se hubiesen decidido a intervenir, otro gallo nos cantaría ahora —rezongó Alston, mirando a los hombres de Sirox.

—Temen demasiado a las amazonas, por eso no atrevieron a intervenir —repuso Redman.

—Cobardes… Todavía les pasa poco —masculló el rubio.

Amila y el grupo de amazonas habían formado un semicírculo en tomo a los dos terrestres desvanecidos.

La amazona que había dejado Inconsciente a Leo Flinn explicaba a la amazona-jefe lo sucedido.

Amila, con los ojos chisporroteantes de furia, dio algunas órdenes.

Las amazonas se apresuraron a cumplirlas.

Varias de ellas se ocuparon de reanimar a las compañeras que habían sido puestas fuera de combate por los dos terrestres.

Otras procedieron a despojar a éstos del traje espacial, del cinto, y de las botas, dejándolos sólo con el slip.

Ken Redman y Dick Alston las observaban, intrigados.

Y preocupados, también.

—¿Qué irán a hacerles, Ken…?

—Ni idea, Dick —respondió Redman, gravemente.

—Nada bueno, seguro.

—Y nosotros sin poder hacer nada por impedirlo… ¡Malditas sean todas las mujeres de Sirox!

La amazona más próxima a la jaula de Ken Redman golpeó a éste en el pecho, con su lanza, arrancándole un grito de dolor.

No había entendido lo que Redman dijo, lógicamente, pero sí había oído pronunciar claramente el nombre del planeta Sirox, y por el gesto de ira del terrestre, supo adivinar que no estaba diciendo nada grato del planeta ni de ellas, las amazonas. Por eso le golpeó.

—¡Quieta, perra! —rugió Dick Alston, encorajinado.

Tampoco a la amazona que se hallaba más próxima a la jaula del rubio le resultó difícil adivinar que éste las estaba insultando, y le propinó un golpe con su lanza, justo sobre el hígado.

Alston lanzó un bramido y se retorció de dolor sobre el piso de la jaula.

Entretanto, Barry Scott y Leo Flinn habían sido levantados y cercadas sus muñecas por unas abrazaderas de hierro que colgaban de una barra de madera situada a unos dos metros del suelo.

Dos amazonas se habían ausentado hacía un par de minutos, y regresaban ya con cuatro cadenas rematadas por grilletes, como las que sujetaban los pies de los esclavos, y cuatro látigos de largas colas.

Dos de las cadenas les fueron colocadas a Scott y Flinn.

El primero ya estaba recobrando el conocimiento.

A Flinn tuvieron que reanimarle arrojándole un cubo de agua a la cara.

Al verse prácticamente desnudos, los pies encadenados, las muñecas sujetas por abrazaderas de hierro, y a cuatro de las amazonas empuñando sendos látigos, adivinaron inmediatamente lo que iba a suceder.

Miraron a Redman y a Alston.

Estos, repuestos en parte de los golpes que acababan de recibir, les observaban en silencio, los ojos enrojecidos por la rabia que les corroía.

Scott y Flinn tampoco hablaron.

La que sí habló fue Amila.

Acababa de ordenar que comenzase el castigo.

Dos de las amazonas que empuñaban látigos se situaron detrás de los semidesnudos terrestres, y las otras dos, frente a ellos.

Amila y el resto de las amazonas se retiraron unos pasos, para no ser alcanzadas involuntariamente por alguno de los látigos.

Dio comienzo la tanda de latigazos.

La espalda de Barry Scott fue la primera en sentir la dolorosa mordedura del látigo.

Un segundo después, la de Leo Flinn.

A continuación entraron en acción las dos amazonas que estaban

frente a ellos, haciendo restallar sus látigos en los pechos de los terrestres.

Los latigazos se sucedían sin alterar en ningún momento el orden del castigo. Espalda de Scott., espalda de Flinn, pecho de Scott y pecho de Flinn.

Al principio, Barry Scott y Leo Flinn apretaron con fuerza los dientes, logrando contener así los gritos de dolor, pero a medida que los insaciables látigos iban arrancando tiras de piel de sus espaldas y sus pechos y trazando surcos sanguinolentos, el dolor fue tornándose más y más insoportable, y ambos empezaron a gritar, primero débilmente, y luego, con fuerza y con desesperación.

En el interior de las jaulas, Ken Redman y Dick Ala ion estaban sufriendo tanto como ellos.

Leo Flinn se desmayó cuando ya habla recibido une diez latigazos en la espalda y otros tantos en el pecho.

Barry Scott se desvaneció casi a continuación.

A pesar de ello, los látigos siguieron cayendo sin piedad sobre sus pechos y sus espaldas.

Amila había ordenado dar veinticinco latigazos a cada terrestre, y las amazonas ejecutoras del castigo no se detuvieron hasta que el latigazo número veinticinco cayó sobre la espalda de cada uno de ellos.

Seguidamente, la amazona-jefe ordenó abrir las jaulas a de los otros dos terrestres.

Redman y Alston fueron sacados de las jaulas por los esclavos.

Las amazonas les desataron los pies y les colocaron cadenas.

Las manos de Redman y Alston continuaron atadas la espalda.

Amila dio otra orden y las amazonas los dejaron semidesnudos, como a Scott y Flinn.

Por un instante, Redman y Alston temieron seguir la suerte de Scott y Flinn.

Pero no, ellos no fueron azotados, sino obligados a salir de la cabaña a punta de lanza.

CAPITULO X

Ken Redman y Dick Alston fueron conducidos a la orilla del lago, donde continuaban Ellen Power, Nora Huston, Jonathan Kopell y el resto de las amazonas.

Las miradas de Ken y Dick se encontraron con las Ellen y Nora.

Redman y Alston no pudieron disimular su sorpresa al verlas a las dos vestidas como las amazonas de Sirox.

Ellen y Nora enrojecieron, al verse observadas tan de cerca por Ken y Dick.

—¿Qué ha pasado en la cabaña, Ken? —preguntó Ellen, extrañada, al igual que Nora, de verle a él y a Dick sólo con el slip.

Redman explicó:

—Barry y Leo lograron desatarse. Cuando las amazonas ordenaron a los esclavos que abriesen su jaula, Barry y Leo saltaron sobre ellas. Ambos lucharon bravamente, pero, finalmente, fueron reducidos de nuevo. Amila ordenó que los desnudasen y los azotaran a los dos.

—Dios mío... —musitó Ellen.

—Qué salvajes... —murmuró Nora.

—A nosotros también nos han dejado prácticamente en cueros —rezongó Alston—. Pensamos que iban a azotarnos, como a ellos.

—Amila ordenó que os sacaran a los cuatro para presenciar las pruebas a que van a someternos a Nora y a mí —explicó Ellen.

—¿Por qué vais vestidas como las amazonas? —preguntó Redman.

—Amila lo ordenó así y Kopell nos aconsejó que obedeciéramos, pues de lo contrario nos desvestirían las amazonas por las malas y luego seríamos castigadas.

—Lo que daría yo por tener el lindo cuello de la tal Amila entre mis manos —rezongó Alston, mirando a la amazona-jefe.

—Y yo —dijo Redman, mirándola también.

—Es tan cruel como hermosa —comento Ellen.

—Más todavía —opinó Nora.

—Muchísimo más —dijo Jonathan Kopell, que estaba cerca de ellos, al igual que los otros cuatro esclavos.

A una orden de la amazona-jefe, Redman, Alston, Kopell y los custro hombres de Sirox fueron obligados a sentarse sobre la hierba.

Ellen y Nora fueron apartadas de ellos unos metros.

La casi totalidad de las amazonas se sentaron también en el suelo.

Sólo seis de ellas continuaron en pie, vigilando a los seis hombres encadenados.

También Amila permanecía en pie.

La amazona-jefe habló.

Al instante, dos de las amazonas que estaban sentadas se levantaron y se acercaron a un grueso tronco caído.

Una de ellas, la de cabellera rojiza, se agachó decididamente, agarró el pesado tronco por uno de sus tramos, y lo levantó poco a poco, hasta dejarlo plantado.

Jadeante y sudorosa, la amazona levantó los brazos y saludó a la amazona-jefe y a sus compañeras.

Estas gritaron jubilosas, premiando así la demostración de fuerza llevada a cabo por la pelirroja, la cual empujó el tronco con las dos manos y lo derribó.

Redman y Alston estaban asombrados.

—Ese tronco debe pesar una barbaridad, Ken... —murmuró el rubio.

—Sí —convino Redman.

—Y la amazona ha conseguido ponerlo en pie.

—Es una mujer muy fuerte, no hay duda.

—La más fuerte del poblado —hizo saber Jonathan Kopell—. Se llama Ika.

—Pues debería llamarse Sansón —rezongó Alston.

—Laya, la amazona morena que está junto a ella, es la segunda mujer más fuerte del poblado —siguió explicando Kopell.

—También se dispone a levantar el «tronquito»... —observó Alston.

—Y lo logrará —profetizó Kopell.

No se equivocó.

Laya consiguió poner el tronco de pie, aunque le costó algo más que a Ika.

La amazona morena saludó con los brazos en alto, recibiendo muchos gritos de entusiasmo por parte de sus compañeras.

Cuando éstos cesaron, Amila habló de nuevo.

Laya derribó el tronco y ella y la pelirroja Ika regresaron a su sitio, sentándose nuevamente sobre la hierba.

Amila miró a las dos mujeres terrestres, extendió el brazo, señalando el pesado tronco, y dejó oír su autoritaria voz.

Esta vez no hizo falta que Jonathan Kopell tradujera las palabras de la amazona-jefe.

Estaba claro que ordenaba a las mujeres terrestres que levantasen el tronco.

Ellen y Nora se acercaron a él, preocupadas.

—No vamos a poder levantarlo, Nora...

—No. me temo que no —murmuró la morena—. A menos que lo levantemos entre las dos...

—Así no valdría.

—Pues debería valer, diablos, que somos mujeres, no robustos

leñadores —rezongó Nora.

—También las amazonas son mujeres, y han podido —observó Ellen.

—Sí, esas dos, sí. Pero apuesto lo que quieras a que ninguna más podría levantarlo. Ni siquiera Amila.

—Sí, seguramente.

—Bueno, de todos modos habrá que intentarlo. ¿Quién prueba primero?

—Tú, Ellen. A mí ya me duelen los riñones, sólo de pensarlo —Nora compuso una cómica mueca, al tiempo que se llevaba la mano a la espalda.

Ellen Power se situó frente a uno de los extremos del grueso tronco y se agachó, las piernas separadas.

Agarró el tronco, con decisión.

Antes de tirar de él hacia arriba, miró un instante a Ken y a Dick.

El más claro de los pesimismos se reflejaba en s caras.

Evidentemente, ellos también estaban seguros de que ni ella ni Nora podrían levantar aquel pesado tronco.

Ellen prestó toda su atención al tronco, se concentró al máximo, llenó sus pulmones de aire y luego tiró de él hacia arriba.

Consiguió levantarlo del suelo, pero no más de diez centímetros.

Dio la impresión de que ya no podría levantarlo un solo centímetro más, que de un momento a otro lo soltaría.

Pero no, no lo soltó.

Ellen Power, el rostro congestionado y brillante por el tremendo esfuerzo que estaba realizando, apretó fuertemente los dientes y elevó el tronco unos centímetros más, y entonces, ayudándose con el cuerpo, concretamente con el pecho y el estómago, logró levantarlo más aún.

Aquello era muy peligroso, pues si le fallaban las piernas el tronco le caería encima y la aplastaría.

Y. durante unos segundos, dio la sensación de que sí, de que las piernas de Ellen iban a fallar, pues temblaban demasiado.

Sin embargo, no sólo no fallaron, sino que lograron ponerse completamente rectas, al tiempo que el tronco se elevaba más y más, hasta quedar totalmente erguido y sostenerse por sí solo.

Ellen Power, chorreando de sudor, y respirando como un caballo después de una larga carrera, se dejó caer de rodillas sobre la hierba, incapaz de sostenerse en pie ni un segundo más.

Nora Huston, que no podía dar crédito a sus ojos, se dejó caer junto a su compañera y la abrazó con fuerza.

—¡Ellen...! ¡Lo has logrado, Ellen...!

Igualmente perpleja se hallaba la orgullosa Amila.

Y la pelirroja Ika.

Y la morena Laya.
Y el resto de las amazonas.
Y los cuatro hombres de Sirox.
Y Jonathan Kopell.
Y, mucho más que todos ellos, Ken Redman y Dick Alston.
Los dos tenían la boca abierta.
—¿Seguro que estamos despiertos, Ken? —balbuceó e1 rubio.
—Es increíble, ¿verdad? —murmuró Redman.
—Y tan increíble —dijo Jonathan Kopell—. Hubiera apostado la vida a que ni siquiera lograría despegar el tronco del suelo.
Amila, repuesta ya de su sorpresa, frunció el ceño y habló, al tiempo que señalaba el erguido tronco.
Ellen y Nora la miraron.
—A la amazona-jefe le ha sentado como una patada en el estómago que hayas conseguido levantar el tronco —murmuró la morena.
—Sí, eso parece —repuso Ellen, cuya respiración se había normalizado bastante, aunque todo su cuerpo continuaba bañado por el sudor—. Ahora me debe estar ordenando que derribe el tronco.
—Derribarlo no será tan difícil, ¿verdad?
—Supongo que no.
Ellen Power se puso en pie, apoyó las manos en el tronco y empujó.
El tronco se venció, cayendo pesadamente.
Amila volvió a hablar, mirando a Nora Huston y apuntando al tronco con el brazo.
—¡Ay, madre! —gimió Nora— Ahora quiere que levante yo. Ellen...
—Y lo levantarás, Nora.
—Jamás, estoy segura.
Ellen sonrió.
—Ten confianza en ti misma, Nora. Y piensa que tu vida depende de ello. Yo también estaba segura de que no podría levantarlo, pero, créeme, cuando se trata salvar la propia vida se sacan fuerzas incluso de donde no las hay, ni las ha habido nunca. O es eso, o es que Dios escuchó nuestras plegarias y nos está ayudando con su mano invisible.
Nora dio una cabezada.
—Sí, seguro que el tronco lo levantó Él. Tú sólo colaboraste.
—Colabora tú también, Nora —dijo Ellen, oprimiendo el hombro de su compañera.
—Claro —sonrió la morena, mucho más animada.
Decididamente, se acercó al extremo del tronco, se agachó separando las piernas, como había visto hacer a Ellen, y lo agarró.
Miró un momento a Dick Alston y dijo:

—¡Va por ti, pecoso!

Alston estaba tan tenso y tan nervioso que no fue capaz de responder.

Lo mismo le sucedía a Ken Redman.

Nora Huston llevó todo el aire posible a sus pulmones y dio el primer tirón.

El tronco ni siquiera se separó un centímetro del suelo.

Nora, desilusionada, miró a su compañera.

—Parece que está pegado al suelo, Ellen...

—Lo parece, pero no lo está —sonrió Ellen Power— Inténtalo otra vez, con todas tus fuerzas.

—Prefiero esperar a que la mano invisible del Todopoderoso entre en acción.

—Él está esperando que entres tú, para ayudarte.

—Si acabo de entrar, Ellen...

—Vamos, Nora. Esta vez podrás con él.

—Por mí no va a quedar, desde luego —rezongó la morena, tragando de nuevo aire en cantidad.

—Concéntrate al máximo. Nora, y luego tira con fuerza hacia arriba —aconsejó Ellen.

Nora Huston se concentró y dio un nuevo tirón, haciendo fuerza hasta con las uñas de los pies.

Logró levantar el tronco unos doce centímetros.

—¡Sigue, Nora, sigue! —gritó Ellen—. ¡Arriba, arriba!

Nora continuó sometiéndose al máximo esfuerzo.

El tronco, poco a poco, fue hacia arriba.

Nora recordaba perfectamente que Ellen se había ayudado con el pecho y el estómago, y ella también lo hizo así, logrando levantar más el tronco.

Había llegado el momento más crítico.

Nora se hallaba prácticamente debajo del pesado tronco, aguantándolo con sus manos y con su cuerpo.

Sus piernas, al igual que le sucediera a Ellen, temblaban peligrosamente, al soportar todo el peso del tronco.

Podían fallarle de un instante a otro, y ello le supondría morir aplastada por el tronco.

—¡Un último esfuerzo más, Nora! —gritó Ellen, terriblemente nerviosa.

—¡Vamos, fortachona, que el troncazo ya es tuyo! —rugió Dick Alston.

—¡Ánimo, Nora! —chilló Ken Redman.

Nora Huston, con todo el cuerpo reluciente de sudor, la cara roja como una amapola por el titánico esfuerzo que estaba realizando, sacó nuevas fuerzas cualquiera sabe de dónde, y logró poner las

piernas rectas, con lo cual el tronco se fue para arriba, quedando plantado poco después.

Entonces sí le fallaron las piernas a la morena, y se derrumbó como un saco de patatas, totalmente exhausta.

Quedó tendida de espaldas sobre la hierba, con el corazón dándole locos saltos dentro del pecho, pues aquello no podían considerarse latidos, aunque, lógicamente, lo eran, sólo que muy exagerados.

Nora tenía los ojos cerrados, pero la boca muy abierta, y aun así, no lograba llevar a sus pulmones todo el aire que en aquellos momentos necesitaba, que era muchísimo.

Ellen se arrodilló junto a ella y le palmeó las mejillas,

—¡Nora...! ¿Me oyes, Nora?

—Sí..., sí... —respondió quedamente la morena, boqueando como un pez fuera del agua.

—¡Has estado magnífica, Nora! —dijo Ellen, sintiendo que se le saltaban las lágrimas.

Nora abrió los ojos y la miró.

—Ha sido Él, Ellen... Yo sólo he colaborado...

—¡Y cómo has colaborado! —exclamó Ellen, besándola varias veces, profundamente emocionada.

Igualmente emocionados se hallaban Ken Redman y Dick Alston.

—¡Esas chicas son extraordinarias, Ken! —exclamó el rubio.

—¡Y que lo digas, Dick! ¡Qué fortaleza la suya!

Jonathan Kopell señaló:

—La prueba de fuerza la han superado ya. Pero todavía faltan las de habilidad y valor...

Lo dijo en un tono tan escéptico, que Ken y Dick ensombrecieron el semblante y volvieron a sentirse preocupados.

Y muy pronto se iba a ver que tenían motivos para estarlo...

CAPITULO XI

Que Amila, la amazona-jefe, se sentía furiosa, era evidente.

No había más que mirarle la cara.

El hecho sorprendente de que las dos mujeres terrestres hubiesen podido levantar el pesado tronco, emulando a Ika y Laya, las amazonas de mayor fortaleza física de todo el poblado, la había contrariado profundamente.

Deseosa de verlas humilladas, llamó a Sua y Bela, otras dos amazonas, las cuales se pusieron rápidamente en pie y corrieron hacia el lugar en donde descansaban, sobre la hierba, cuatro palos de longitud similar a los de las lanzas, aunque algo más gruesos.

Sus, que tenía el pelo rubio, y Bela, que lo tenía oscuro, atraparon los cuatro palos y se aproximaron a las dos mujeres terrestres, a cada una de las cuales entregaron un palo.

Amila volvió los ojos hacia Jonathan Kopell y le ordenó que explicara a las mujeres terrestres en qué iba a consistir la siguiente prueba.

Kopell se puso en pie y explicó:

—Esta va a ser la prueba de habilidad. Una simple pelea con palos. El palo hay que cogerlo con ambas manos, separadas medio metro aproximadamente una de la otra, y se puede golpear con él en cualquier parte del cuerpo. Para vencer, hay que dejar inconsciente a golpes a la rival. Tened mucho cuidado, muchachas. Esas dos amazonas con las que veía a enfrentaros son las más diestras en este tipo de peleas. Suerte.

Kopell volvió a sentarse en la hierba.

Ellen Power y Nora Huston cogieron los palos como les había indicado Jonathan Kopell.

Amila ordenó que comenzara la pelea.

Ellen y Nora lo supieron al ver que las dos amazonas daban sendos gritos y saltaban hacia ellas, atacándolas con sus palos.

Sua, la rubia, atacó a Ellen, mientras la otra, Bela, atacaba a Nora.

Los comienzos de la pelea no pudieron ser más desafortunados para las mujeres terrestres, poco hábiles, lógicamente, en el manejo de aquellos palos, y las amazonas les sacudieron a sus anchas con ellos.

Ellen y Nora recibieron golpes en los muslos, caderas, estómago, hombros, cuello y cabeza, y poco después de iniciada la pelea se veían las dos en el suelo.

Apenas si hablan podido detenerse o esquivar alguno de los golpes certeramente dirigidos por las amazonas, mientras que ellas no habían

podido devolver ninguno.

Lo intentaron, sí, pero Sua y Bela los pararon o burlaron todos con asombrosa facilidad, demostrando su destreza.

Las amazonas que presenciaban la poco equilibrada pelea vitorearon a sus compañeras, entusiasmadas.

También Amila se mostraba ahora satisfecha, ante la manifiesta superioridad de Sua y Bela, y sonreía ampliamente, mostrando dos hileras de dientes blanquísimos.

—¡Maldita sea! —rezongó Dick Alston—. Van a moler a golpes a Ellen y a Nora, Ken.

—Me temo que sí, Dick —mascullό Ken Redman, con las mandíbulas apretadas—. Ellas no saben atacar ni defenderse con esos malditos palos, mientras que las amazonas...

—Son las más diestras del poblado en el manejo de los palos, ya se lo advertí a las chicas —dijo Jonathan Kopell.

—Ellen y Nora se están levantando... —observó Alston.

En efecto, así era.

Doloridas y rabiosas, Ellen Power y Nora Huston se estaban poniendo de nuevo en pie.

—Pongamos en práctica alguna treta, Nora —aconsejó Ellen—. Si no es así, jamás lograremos derrotar a estas maestras del palo.

—Y nos llenarán el cuerpo de cardenales —rezongó la morena.

—Seguro. Y luego, ya sabes.

—Seremos ejecutadas, por no haber superado todas las pruebas.

—Yo no quiero ser ejecutada. Nora.

—Toma, ni yo. Y menos después de haber levantado el troncote.

—Utilicemos la astucia, pues.

—A mí, a astuta, no me gana nadie —aseguró Nora.

Sua y Bela, conscientes de su superioridad, no atacaron esta vez, permitieron que fueran las mujeres terrestres las que reanudasen la pelea.

Nora pareció que iba a atacar a Bela, y ésta colocó su palo en posición defensiva, para parar el golpe.

Pero Nora no llegó a atacar.

En el último instante se detuvo y miró al cielo, despejado y soleado todavía.

—¿Qué diablos es eso...? —murmuró, poniendo una cara muy rara.

Bela mordió el anzuelo y miró también hacia arriba. Nora aprovechó la distracción de la amazona para golpearla en el estómago.

El golpe, duro y seco, obligó a Bela a lanzar un bramido y doblarse hacia adelante, circunstancia que aprovechó Nora para propinarle otro golpe, terrible, en la nuca.

La amazona cayó como una res apuntillada, y ya no se levantó.

La fulminante acción de Nora había dejado perplejos a todos, incluida Sua, la rival de Ellen, lo cual le vino muy bien a ésta para descargar su palo sobre el pie de la amazona rubia.

Sua emitió un alarido y se puso a saltar a la pata coja, con la cara arrugada de dolor.

Saltó muy poco, porque Ellen le atizó con el palo en la espinilla de la otra pierna.

La amazona dio otro aullido y cayó de rodillas.

Un instante después el palo de Ellen percutía en su cabeza, con mucha dureza.

Sua bizqueó loe ojos y cayó de bruces sobre la hierba, donde quedó como muerta.

Ellen y Nora, eufóricas por su triunfo, dejaron caer los palos y se abrazaron, dando saltos al mismo tiempo.

Ken Redman y Dick Alston también se hubiesen fundido en un abrazo, de no haber tenido los brazos atados.

—¡Son magníficas, Dick!

—¡Más que eso, Ken! ¡Son geniales!

—¡Te quiero, Ellen! —gritó Redman.

—¡Y yo a ti, Nora! —gritó Alston—. ¡Y si en este momento pudiera, te iba dar más besos que pecas tengo en la cara!

—¡Y yo te los iba a devolver todos, ya ves! —aseguró Nora, riendo.

—¿Lo dices en serio...? —preguntó el rubio, agrandando los ojos.

—¡Pues claro que lo digo en serio! ¡Yo también te quiero, Dick!

—¡Me quiere, Ken! ¡Nora dice que me quiere!

—¡Sí, ya lo he oído! —rió Redman.

Amila dio un grito.

Ken, Dick, Ellen y Nora se callaron y miraron a la amazona-jefe.

Amila, mucho más furiosa que antes, ordenó que las desvanecidas Sua y Bela fuesen retiradas para someter a las mujeres terrestres a la tercera prueba, la del valor.

Esta consistía en atravesar una estrecha barra de unos tres metros de longitud, situada a una altura de metro y medio, aproximadamente, y sostenida por dos postes verticales.

En el suelo, desprovisto de hierba en aquel lugar, y a ambos lados de la barra, habían sido enterrados docenas de cuchillos, pero sólo las empuñaduras, dejando las hojas de acero fuera, mirando al cielo.

Si al atravesar la delgada barra se perdía el equilibrio —cosa harto probable—, la persona que tuviese esa desgracia caería inevitablemente sobre las hojas de los cuchillos y quedaría ensartada en ellos, muriendo de forma prácticamente instantánea.

Ellen y Nora fueron llevadas a punta de lanza por cuatro amazonas

hasta la escalera por la que se accedía a la barra.

Ken y Dick, impotentes, tuvieron que resignarse una vez más a ser sufridos espectadores, pues sus ligaduras no cedían de ninguna de las maneras.

Ellen fue la primera en subir a la barra.

La anchura de ésta era tan escasa que apenas cabía un pie.

Ellen no se decidía a cruzarla.

Miraba las hojas de los cuchillos, destellantes, esperando su caída, y el miedo le agarrotaba las piernas.

Con razón las amazonas llamaban a aquello la prueba del valor.

Hacía falta mucho para decidirse a atravesar aquella estrecha barra.

Y ella no tenía tanto.

Pero como tampoco tenis elección, se decidió finalmente a atravesarla.

Lo hizo muy despacio, con el mayor cuidado, los brazos separados del cuerpo, ayudándose con ellos a mantener el equilibrio.

El silencio, en aquellos momentos, era absoluto.

Muchas respiraciones estaban contenidas.

Ellen Power estuvo a punto de caerse de la barra en tres ocasiones, pero, milagrosamente, logró mantener el equilibrio y llegar al otro extremo de la barra, donde había otra escalera, y por ella descendió, sintiendo que le temblaban las rodillas.

Ken Redman y Dick Alston respiraron hondo.

Pero casi en seguida comenzaron a sufrir de nuevo.

Sí, porque Nora Huston había sido obligada a subir a la barra.

Nora, al igual que poco antes le sucediera a Ellen, no se decidía a cruzarla.

Amila dio una orden.

Una de las amazonas apoyó la punta de su lanza en la desnuda espalda de la mujer terrestre y empujó.

Nora, que no esperaba aquello, inició trompicada el peligroso recorrido, y de puro milagro no cayó de la barra.

A Ellen se le escapó un grito de angustia.

Dick Alston cerró los ojos un instante y musitó:

—Dios mío, protégela...

Y Dios debió echarle una mano, sin duda, porque Nora dejó de balancearse peligrosamente sobre la barra y, con sumo cuidado fue atravesando el resto de la barra, logrando alcanzar el otro extremo, aunque todavía dio un par de sustos tremendos a Ellen, Ken y Dick, pues estuvo a punto de caerse en otras tantas ocasiones.

Dick Alston, mientras Nora y Ellen se abrazaban, temblorosas ambas, murmuró:

—Tengo los nervios destrozados, Ken...

—También yo, Dick —confesó Redman—. Han sido unos minutos terribles. Para nosotros y para ellas.

—¿Qué va a pasar ahora?

Fue Jonathan Kopell quien respondió:

—Si Amila cumple su palabra, Ellen y Nora serán admitidas como amazonas.

—¿Por qué no iba a cumplirla? —preguntó Redman.

—Amila está que trina. No esperaba que Ellen y Nora superasen las pruebas. Quizá por eso dijo que las admitiría como amazonas si las superaban, y que gozarían de los mismos privilegios que ellas. Yo lo encuentro un tanto raro, la verdad… Para mí que Amila deseaba ejecutar a Ellen y Nora. Y no quisiera preocuparos más de lo que ya lo estáis, pero juraría que sigue deseándolo. Y con más fervor que antes.

Ken y Dick cambiaron una mirada.

Amila elevó la barbilla orgullosamente y habló durante un par de minutos.

Como previamente había mirado a Jonathan Kopell, indicándole de este modo que tradujera sus palabras a las mujeres terrestres, Kopell se levantó y dijo: —Ellen y Nora. Amila dice que le satisface plenamente vuestra fuerza, vuestra habilidad, y vuestro valor. Habéis superado con éxito las tres pruebas, y vais a ser admitidas como amazonas. Gozaréis de absoluta libertad para entrar y salir del poblado a cualquier hora del día o de la noche, a menos que estáis de guardia. Amila os advierte que os olvidéis por completo de vuestros compañeros. Si hicierais algo por ayudarles a escapar, seréis consideradas como traidoras y ejecutadas inmediatamente. Es todo.

Kopell volvió a sentarse.

Instantes después, a Ellen y a Nora les eran entregados sendos cintos, de los cuales pendían una espada corta y un cuchillo.

—Parece que te has equivocado, Kopell —dijo Ken Redman—. Amila ha cumplido su palabra…

—Las ha nombrado amazonas y ha ordenado que les den armas… —añadió Dick Alston.

—Ellen y Nora no deben fiarse demasiado —advirtió Kopell—. Si yo estuviera en su pellejo, dormiría con un ojo abierto.

Ellen Power, que había oído las palabras de Jonathan Kopell, dijo:

—Así lo haremos, Jonathan. Y, en cuanto se presente la oportunidad, trataremos de libertaros a Ken, a Dick, a Barry, a Leo y a ti.

—Sí, lo intentaremos —prometió Nora Huston—. Tal vez esta misma noche.

—Vosotras no intentaréis nada. Ya habéis hecho bastante. Ahora nos toca a Dick y a mí.

—Y no sabéis las ganas que tenemos de entrar en acción —añadió

el rubio.

—Pero vosotros estáis atados y encadenados… —observó Ellen.

—Sospecho que pronto nos soltarán los brazos —dijo Redman—. En cuanto a las cadenas, no serán un obstáculo insalvable. Aun con ellas, Dick y yo podremos llevar a cabo con éxito el plan que tenemos trazado, y que consiste en…

Ken Redman no pudo explicar a las muchachas el plan que habían urdido, pues Amila dio una orden y él, Dick, Kopell y los cuatro hombres de Sirox fueron obligados a ponerse en pie.

A continuación, él, Alston y Kopell fueron conducidos a la cabaña de la amazona-jefe por cuatro amazonas.

Una vez en ella. Amila se sentó en su sillón y habló.

Kopell tradujo sus palabras:

—Amila dice que van a soltaros los brazos ahora mismo, y que empezaréis a trabajar como esclavos en este poblado. Os aconseja que seáis obedientes y no causáis ningún tipo de problemas o seréis azotados, como vuestros compañeros. Os aconseja también que no intentéis escapar, pues jamás lo lograríais. Y un intento de fuga no se castiga con azotes, sino con dolorosas torturas. Sufriríais tanto que suplicaríais la muerte varias veces durante el tormento. Yo puedo dar fe de ello, pues intenté escapar en una ocasión. Fue tan horrible que jamás volví a intentarlo.

—Aun así lo intentaremos —aseguró Redman—. ¿Verdad, Dick?

—Desde luego —asintió Alston—. Pero no se lo digas a Amila, ¿eh, Kopell?

—Fracasaréis —profetizó Kopell.

—Eso aún está por ver —repuso Redman.

—Tú no sabes aún de lo que somos capaces Ken y yo cuando estamos enfadados, Kopell —dijo Alston—. Y ahora lo estamos más que nunca.

Jonathan Kopell no quiso insistir.

Se daba cuenta de que no lograría hacerles cambiar de idea.

Amila ordenó que se les quitasen las ligaduras a los terrestres.

Redman y Alston se frotaron los doloridos brazos, en donde las ligaduras habían dejado profundas huellas.

—Ya tenemos las manos libres, Ken.

—Sí. Y era lo que queríamos, ¿no?

—¿Qué te parece si entramos ya en acción? —sugirió el rubio.

—Sí, entremos —estuvo de acuerdo Ken—. La situación no es excesivamente desfavorable. Cuatro amazonas y Amila.

—Pan comido.

—Estáis locos —dijo Jonathan Kopell.

—¿Podemos contar contigo. Jonathan? —preguntó Ken.

—No —respondió Kopell, sin titubear—. Si el castigo por intentar

huir fuese la muerte, no lo dudaría un segundo. Pero la tortura... Se me pone la carne de gallina al recordar lo que me hicieron la otra vez.

—No habrá tortura para ninguno de nosotros porque no vamos a fracasar, Kopell —aseguró Redman—. Nuestro plan consiste en capturar a Amila, y teniéndola como rehén, no será difícil salir del poblado y alcanzar nuestra nave —explicó—. Si tú nos ayudas, todo será más fácil.

Jonathan Kopell vaciló.

Finalmente, dijo:

—No, no contáis conmigo. Me horroriza la tortura, ya os lo he dicho.

—Ken ha dicho que no habrá tortura —mascullo Alston.

—Lo siento, pero no puedo estar seguro de eso.

—Cobarde... —espetó el rubio, mirándolo con desprecio.

—Está bien, Dick, déjalo —dijo Ken—. Lo intentaremos nosotros solos. En cuanto las amazonas se acerquen a nosotros, para empujarnos con sus lanzas hacia la puerta.

*

Eso sucedía unos segundos después.

—¡Ahora, Dick! —gritó Ken Redman, saltando sobre dos de las amazonas.

Dick Alston se arrojó como un tigre sobre las otras dos.

Un instante después, cataban lo seis en el suelo.

Amila saltó del sillón, colérica, y se puso a dar gritos.

Jonathan Kopell, pese a que había asegurado que no intervendría en el intento de fuga, se lanzó sobre la amazona-jefe y le propinó un puñetazo en el mentón, derribándola.

Rápidamente se apoderó de la espada y el cuchillo de Amila, que yacía sin sentido, boca arriba.

Entretanto, Ken Redman habla dejado inconsciente a una de las amazonas de un seco puñetazo, y ya se disponía a hacer lo propio con la otra.

Dick Alston prefirió utilizar su cabeza como maza, y había privado del sentido a una de las dos amazonas que él derribara, golpeándola en la frente.

A la otra la durmió de un duro revés cuando ya ella le atacaba con su espada.

Ken Redman se deshizo de la última amazona de un certero puñetazo entre las cejas.

Él y Dick Alston se incorporaron velozmente, dispuestos a atrapar a la cruel Amila.

Su sorpresa fue mayúscula al verla tendida en el suelo, sin

conocimiento, y a Jonathan Kopell junto a ella, empuñando las armas de la amazona-jefe.

Kopell apoyaba la punta de la espada en el pecho de Amila.

Gracias a ello, las amazonas que ya estaban irrumpiendo en la cabaña, atraídas por los gritos que diera Amila, se quedaron paralizadas, sin atreverse a lanzarse sobre los tres hombres terrestres.

Kopell, en el idioma de las amazonas, ordenó:

—¡Arrojad las armas al suelo! ¡Arrojadlas todas inmediatamente o le atravieso el corazón a Amila con su propia espada!

Las amazonas obedecieron sin titubear.

—¡Bravo, Kopell! —dijo Redman.

—¡Retiro lo de cobarde, Jonathan! —dijo Alston.

Jonathan Kopell sonrió.

—Vuestro valor, y el de vuestras chicas, es contagioso. Yo estaba decidido a no intervenir, pero cuando me he dado cuenta ya había dejado inconsciente a Amila de un puñetazo. Entonces me dije: «Ahora ya no puedes volverte atrás, Jonathan.» Y aquí me tenéis, dispuesto a secundar vuestros planes.

Redman cogió un par de espadas del suelo y entregó una a Alston.

—Toma esto, Dick. Puede hacerte falta.

—Cuidado, Amila se está recobrando —advirtió el rubio.

En efecto.

La amazona-jefe, después de mover la cabeza débilmente, abrió los ojos.

Al verse en aquella situación tan apurada, palideció sensiblemente.

—Vosotros diréis lo que hago con esta arpía, muchachos —rezongó Kopell, sin apartar la punta de la espada del pecho de Amila.

—Oblígala a ordenar que traigan aquí a Ellen y Nora —indicó Redman—. También a Barry y Leo. Y que alguien nos quite las cadenas a todos.

Kopell exigió a la amazona-jefe que diera aquellas órdenes.

Amila se mantuvo callada, con los labios fuertemente apretados, loa ojos chisporroteantes de ira.

Kopell presionó ligeramente con la punta de la espada y en la delgada y transparente túnica de la amazona-jefe apareció una mancha de sangre.

Amila, que había sentido el leve pinchazo entre los senos, se dio cuenta de que el terrestre no amenazaba en vano, y se apresuró a ordenar lo que él le pedía.

Minutos después, Ellen, Nora, Barry y Leo entraban en la cabaña de Amila, éstos apoyándose en las muchachas, pues no se hallaban en condiciones de caminar por sí solos.

Mientras las amazonas les quitaban las cadenas, Ken explicó su plan a Barry, Leo, Ellen y Nora: salir del poblado, llevando como

rehén a Amila, y llegar hasta la nave.

Kopell, sin apartar los ojos en ningún momento de la amazona-jefe, dijo:

—Hemos de rescatar también a mis dos compañeros. Ken. Amila nos dirá en qué poblado se encuentran.

—Pregúntaselo —indicó Redman.

Kopell lo hizo.

Al ver que la amazona-jefe no respondía repitió la pregunta, presionando nuevamente con la punta de la espada.

Amila murmuró algo, evidentemente asustada.

Los ojos de Kopell despidieron un centelleo, y su mano se crispó sobre la empuñadura de la espada.

Por un instante dio la impresión de que iba a atravesar el pecho de la amazona-jefe.

—¡Kopell! —exclamó Redman, acercándose a él.

—Los ejecutaron hace siete días... —informó Jonathan, roncamente.

Ken Redman sintió un estremecimiento.

—¿A tus compañeros...?

—Sí. Amila acaba de decírmelo. Habían enfermado los dos y...

Redman puso una mano sobre el hombro de Kopell.

—Lo siento, Jonathan. Pero debes sobreponerte. Si matas a Amila, todos nosotros moriremos también.

—No te preocupes. Sabré contenerme.

—Deja, yo me ocupará de ella —decidió Redman, que temía que Kopell sufriera un arrebato de ira y acabase con Amila.

—Como quieras.

Ken Redman apuntó con su espada a la amazona-jefe.

—Dile que se ponga en pie, Jonathan.

Kopell se lo ordenó.

Amila se incorporó, lentamente.

Redman se situó tras ella, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo y apoyó la punta de la espada en el desnudo costado de la amazona-jefe.

—En marcha, muchachos —indicó, empujando con su cuerpo a Amila—. Dick, tú y Jonathan ayudad a Barry y Leo.

Salieron todos de la cabaña, sin que las amazonas hicieran nada por impedirlo.

Ken Redman caminaba pegado a la amazona-jefe y miraba hacia todos lados, temiendo algún ataque sorpresa de las amazonas.

Pero éste no se produjo, y llegaron sin novedad al lugar en donde él y Ellen dejaron ocultos sus propulsores individuales.

Afortunadamente, continuaban allí.

Redman indicó:

—Jonathan, colócate uno de los propulsores. Leo viajará contigo, cogido a tu cuello. Ellen, ponte tú el otro, y lleva contigo a Nora, —¿Y vosotros...? —preguntó Ellen.

—Dick, Barry y yo esperaremos aquí a que tú, Nora y Jonathan regreséis con más propulsores. Leo se quedará en la nave. Él no esté en condiciones. Y no temáis por nosotros. Mientras tengamos a Amila en nuestro poder no corremos ningún peligro. Las amazonas no se atreverán a intervenir.

—Mucho cuidado con Amila, Ken. Seguramente intentará escapar —advirtió Kopell.

—No te preocupes, no lo logrará —aseguró Redman.

Instantes después, Jonathan, Leo, Ellen y Nora se elevaban con los propulsores, tomando la dirección del desierto.

Minutos más tarde, estaban en la nave.

Leo Flinn fue convenientemente acomodado por Kopell, mientras Ellen y Nora iban en busca de otros cuatro propulsores individuales.

Un par de minutos después, volaban de nuevo en tres de los propulsores, cargando cada cual con otro.

Llegaron sin contratiempos al lugar en donde aguardaban Ken, Dick, Barry y la prisionera Amila.

La amazona-jefe no había intentado huir.

Ken no le había dado oportunidad.

En todo momento la mantuvo pegada a su cuerpo, el cuello cercado por su fuerte brazo, la punta de la espada apoyada en el costado.

Tampoco las amazonas hicieron nada por liberarla, aunque andaban cerca, esperando la oportunidad de intervenir.

Ken Redman observó:

—Habéis traído un propulsor de más, pues Barry no está en condiciones de viajar solo.

—Puedo intentarlo, Ken... —murmuró Scott.

—No, será mejor que te lleve Dick en el suyo, como hizo Jonathan con Leo.

—Desde luego —asintió Alston.

—Jonathan, carga tú con el propulsor que sobra —indicó Ken.

—Tú vas a llevar contigo a Amila, ¿no? —repuso Kopell.

—Sí. Ella es nuestro seguro de vida. Dick, vigílala tú mientras yo me coloco el propulsor.

—Será un placer —sonrió el rubio, haciéndose cargo de la amazona-jefe.

—No es necesario que te pegues tanto a ella, Dick —gruñó Nora.

—Es para que no pueda escapar. Nora. Ken también la tenía...

—Ken no es tan sinvergüenza como tú.

—Nora, Nora... —rezongó Alston—. ¿Es que vamos a empezar otra

vez a discutir por tonterías...?

—El cuerpo de Amila no es ninguna tontería —refunfuñó la morena.

—Ni el tuyo tampoco —sonrió Alston, bajando ligeramente la mirada—, Y te quiero, no lo olvides.

—Ya se lo dirás cuando estemos en la nave —intervino Ken, haciéndose cargo nuevamente de la amazona-jefe—. ¡En marcha todos!

Loa cinco propulsores individuales se elevaron prácticamente al mismo tiempo.

Ken Redman, al necesitar una mano para manejar la palanca de mando, se vio precisado a separar la espada del costado de la amazona-jefe, cuya cintura aprisionaba ahora en lugar del cuello, pues ésta era la única manera de poder llevarla consigo en el propulsor.

Apenas se habían elevado un par de metros cuando, de pronto, Amila se revolvió como un gato salvaje y le clavó las uñas en el pecho.

Ken, muy a su pesar, soltó la cintura de la amazona-jefe, al tiempo que daba un grito de dolor.

Amila cayó el suelo, pero se levantó de un ágil salto y empezó a correr velozmente y a dar gritos ensordecedores.

Jonathan Kopell escupió una maldición y se lanzó furiosamente en persecución de la amazona-jefe, soltando el propulsor que llevaba en las manos, el que había sobrado.

—¡No, Jonathan! —rugió Ken—. ¡Vámonos cuanto antes de aquí!

Kopell no le hizo caso.

Siguió persiguiendo a Amila.

Fue un error.

Y lo pagó muy caro.

Sí, porque su pecho recibió dos flechas y una lanza, arrojadas certeramente por las amazonas que se habían mantenido ocultas cerca de ellos, esperando el momento de intervenir.

Pero Jonathan Kopell no murió solo.

La orgullosa y cruel Amila murió con él.

Sí, porque Kopell cayó sobre ella y la derribó, con fuerzas suficientes todavía para hundirle en la espalda la espada corta que empuñaba.

Amila lanzó un grito horrendo al sentir que el acero la atravesaba, y casi al instante dejó de moverse.

También Jonathan Kopell quedó inmóvil, sobre ella, bañados los dos en sangre.

Ken, Dick, Barry, Ellen y Nora contemplaron la trágica escena desde el aire, sobrecogidos.

Ken Redman, roncamente, dijo:

—¡Ya no podemos hacer nada por Kopell! ¡Larguémonos de aquí o moriremos también!

Se elevaron más y se alejaron a toda velocidad del lugar.

Era de suponer que las amazonas se lanzasen en su persecución, deseosas de vengar la muerte de Amila.

Pero ellas tardarían mucho más que ellos en llegar a la nave.

Y ese tiempo debían emplearlo en quitar la arena que sepultaba la proa de la nave y dejar ésta en condiciones de despegar.

Si no lo lograban, mal lo iban a pasar.

* * *

Tan pronto como llegaron a la nave, Ken Redman ordenó:

—Ellen, tú no te quites el propulsor.

—¿No? —murmuró ella, extrañada.

—Quiero que te mantengas en el aire, a la altura suficiente para poder descubrir a las amazonas en cuanto aparezcan a lo lejos con sus caballos.

—Bien.

—Dick, tú acomoda a Barry y luego reúnete con Nora y conmigo. Nosotros tres nos ocuparemos de apartar la arena que cubre la proa de la nave.

—Muy bien, Ken —repuso Alston.

—Yo también quiero una pala —dijo Barry Scott.

Redman sonrió.

—No, Barry. Leo y tú necesitáis descanso.

—Ya descansaremos después.

—Obedece, Barry, o me enfadaré contigo.

—Pero...

—Llévatelo, Dick —indicó Ken.

Alston se llevó a Scott y lo dejó con Flinn.

—Ese Ken es un maldito cabezota —gruñó Scott.

—Ken tiene razón, Barry —repuso Alston—. Leo y tú no estáis en condiciones. Los latigazos son demasiado recientes, debéis estar rabiando de dolor. Cuanto menos os mováis, mejor.

Sin perder un segundo más, Dick Alston se reunió con Ken y Nora, los cuales ya habían descendido de la nave y retiraban arena con las palas, a un ritmo increíble.

Dick se escupió en las manos, atrapó otra pala y atacó con ella la arena, con idéntico brío.

Había mucha arena que quitar, y muy poco tiempo para hacerlo.

Ellen, tal y como le ordenara Ken, se mantenía en el aire a unos cincuenta metros del suelo, vigilando el horizonte.

La nave, a medida que iba siendo retirada la arena, ganaba horizontalidad.

Casi la había ganado por completo, cuando Ellen Power gritó:

—¡Ya vienen las amazonas, Ken! ¡Son casi un centenar!

Redman arrojó su pala.

—¡A la nave, rápido!

—¡Aún no hemos acabado, Ken! —observó Alston.

—¡No hay tiempo, Dick! ¡Confiemos en poder despegar así!

Subieron los tres a la nave rápidamente.

Ellen, a una señal de Ken, descendió con el propulsor y se introdujo también en la nave.

Ken cerró la puerta.

—Aquí dentro no tenemos nada que temer —dijo, dando un suspiro.

—Pero como la nave no despegue… —murmuró Alston.

—Despegará, Dick —aseguró Barry Scott—. Leo y yo hemos estado reparando las averías más importantes.

—Sí, no podíamos permanecer con los brazos cruzados, mientras vosotros os deslomabais quitando arena —sonrió el joven Flinn.

Ken Redman también sonrió.

—Sois dos tipos extraordinarios.

—Podemos intentar el despegue cuando quieras, Ken —dijo Scott.

—Ahora mismo. Vamos, cada uno a su puesto.

Los seis miembros de la tripulación ocuparon sus asientos respectivos.

Ken Redman puso en funcionamiento los motores.

Segundos después, accionaba la palanca de despegue vertical.

La nave se elevó con lentitud, levantando nubes de arena.

Poco a poco su velocidad fue aumentando.

Por los miradores de la cabina de mandos vieron al centenar de amazonas, que arrojaban sus armas contra la nave, furiosas.

—¡Al diablo con vosotras, fieras con faldas! —exclamó Dick Alston, haciendo reír a sus compañeros.

Ken Redman hizo que la nave alcanzara su máxima velocidad.

Era el único modo de intentar vencer la poderosa atracción del planeta y alejaras de él.

Durante varios segundos pareció que no iban a lograrlo, que serían atraídos nuevamente por el planeta, pero, finalmente, consiguieron su propósito y la nave se alejó rápidamente de Sirox.

EPILOGO

Una hora después, Ken Redman accionaba el piloto automático.

Ellen Power y Nora Huston ya se habían ocupado de las heridas de Barry Scott y Leo Flinn, a las cuales, y después de desinfectarlas cuidadosamente, aplicaron un bálsamo para suavizar el dolor.

Dick Alston estaba sentado junto a Nora, y le rodeaba los desnudos hombros con el brazo. De cuando en cuando, se daban un beso.

Ellen se acercó a Ken y se sentó en sus rodillas, cruzando sus manos tras la nuca de él. También ellos se dieron un par de besos.

—¿Lograremos llegar a la Tierra, Ken? —murmuró Ellen.

—Si Dios nos sigue prestando su ayuda, regresaremos sanos y salvos a nuestro planeta —respondió Redman—. Para Él no hay nada imposible.

—Nosotras lo sabemos mejor que nadie —sonrió Ellen—. ¿No es cierto, Nora?

Nora no respondió.

Ella y Dick se estaban besando ahora con mucha pasión, estrechamente abrazados, transmitiéndose el calor de sus cuerpos, tan ligeros de ropa.

Ken y Ellen no tardaron en imitarles.

—Vamos, Leo. Tenemos que arreglar algunas cosas en la popa de la nave.

Leo Flinn, entendiendo que lo que Scott quería era que dejasen solos a las dos parejas de enamorados, sonrió y repuso: —Sí, Barry. Y tardaremos por lo menos un par de horas en arreglarlas todas.

Barry y Leo, riendo quedamente, se ausentaron de la cabina de mandos, sin que Ken, Ellen, Dick y Nora se enterasen de ello.

Y lo que tardarían en enterarse…

FIN